

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

El tema de un próximo conflicto austro-prusiano y aun de una guerra general europea, no se deja de la mano. Todos los diarios de Europa, todas las correspondencias se ocupan cada cual bajo su punto de vista de estos temores. Respecto del primer punto, esto es, de un rompimiento entre Austria y Prusia, ni participamos de la seguridad absoluta con que muchos creen imposible que las dos grandes Potencias alemanas acudan a las armas para ventilar la cuestión de los Ducados, ni mucho menos todavía estamos dispuestos a admitir fácilmente la proximidad de una lucha que sería insensata, y así creemos será considerada lo mismo por la corte de Viena que por el Rey Guillermo.

Pero así y todo ¿cómo es posible negar la significación e importancia de ciertos hechos? En Berlín hemos visto celebrarse dos grandes consejos presididos por el Rey, con asistencia, no sólo de los ministros, sino de las eminencias militares del país. En Viena se han tenido consejos análogos, a que ha asistido el general Benedek, y según leemos en una correspondencia de Viena de bastante crédito, no se trató en esas reuniones sobre la reorganización del ejército, sino sobre las dos cuestiones siguientes: 1.ª Si el ejército austriaco se hallaba en estado de entrar inmediatamente en campaña. 2.ª Si este ejército podría en un caso dado operar con éxito en dos puntos al mismo tiempo, en el Norte y en el Sur; a cuyas dos cuestiones, según añade la misma correspondencia, contestó el Consejo afirmativamente.

Además de esto el movimiento de tropas y otros preparativos militares en Austria y Prusia, que son ya un hecho puesto fuera de duda, la orden dada por el Gobierno austriaco, según acabamos de leer en una carta de Viena que inserta la *Gaceta de Aushurgo*, para que los periódicos se abstengan de dar noticia alguna sobre los movimientos de tropas y las fuerzas de que constan los cuerpos; el acuerdo tomado por el mismo Gobierno de no dar licencia alguna a los militares ni aun por algunos días, el lenguaje de los periódicos aun ministeriales de uno y otro país, que no puede ocultar la tensión que existe entre ambas cortes, son síntomas indudables, que está muy lejos de reinar armonía entre los Gobiernos de las dos grandes potencias alemanas, por más que no sea inminente una ruptura definitiva. Menester es confesar que tienen algún fundamento los temores de un conflicto a menos de suponer que todo eso no es más que una comedia representada de común acuerdo por Austria y Prusia para engañar, no sabemos a quién, cómo no faltan personas que lo suponen con harta candidez, en nuestra humilde opinión. Según estas mismas personas todo es un juego convenido en que también entra Rusia para, llegado que sea el caso, restablecer el orden en Europa, dejándola arreglada y pacífica para mucho tiempo. Esa santa alianza, que sea dicho de paso, nada de santa tendría a nuestros ojos estando la Rusia de nuestros días, que se nos está prediciendo ya para tres lustros y nunca llega, es para muchas gentes, de excelentes deseos por otra parte, la panacea que ha de curar todos los males que la revolución ha traído sobre Europa. Nosotros no sólo no hemos creído hasta ahora en la existencia de esa alianza, sino que la miramos con temor, mientras el Imperio moscovita siga la abominable senda de sus crímenes, descuartizando a Polonia y mostrando su odio al Catolicismo por todos los medios que la sugiere su característica astucia.

En resumen, y dejándonos de más consideraciones, no es para nosotros dudoso que existen verdaderas diferencias entre las Cortes de Viena y de Berlín, alimentadas, casi exclusivamente en Prusia, por un partido ambicioso que quiere el engrandecimiento y preponderancia del país a toda costa, aun a la de una guerra con Austria; pero al mismo tiempo, no creemos probable que este partido arrastre al Rey Guillermo a ese extremo insensato. El Rey de Prusia tiene dadas muchas pruebas de no ser aficionado a peligrosas aventuras por una parte, y de su sincera amistad hacia el Emperador Francisco José por otra. En cuanto a Austria, fuera de que esta no es la Potencia agresiva en esta cuestión, debe tener bien presente el peligro que correría en sus posesiones italianas el día en que se viese distraída en una guerra con Prusia, para no tratar por todos los medios el evitar este acontecimiento. Austria llegará hasta el límite de las concesiones para no verse en este caso.

## TELEGRAMAS.

(Recibidos con notable retraso por el temporal).

PARIS, 19.—Hoy la conferencia de los principados ha celebrado sesión, la cual ha durado hora y media.

El Príncipe Napoleón ha llegado a esta capital procedente de Italia.

En el Cuerpo legislativo continúa la discusión sobre la enmienda de los 45.

ROMA, 18.—Meyendorff ha partido.

PARIS, 19.—En el Cuerpo legislativo ha sido combatida de nuevo la enmienda de los 45.

El Gobierno quiere mantener la bandera liberal; más para no exponerse a ver renacer el desorden, apela a la unión de la mayoría.

Mr. Olivier responde todavía, pero puesta a votación la enmienda ha sido desechada por 206 votos contra 63.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 22 DE MARZO DE 1866.

### EL PARTICULARISMO DEL SEÑOR CASTRO.

ARTÍCULO I.

Como corolario de su doctrina acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, trata el Sr. Castro en su *Discurso* de las relaciones entre la Iglesia romana y las Iglesias particulares; materia gravísima, no porque en ella la verdad deja de presentarse clara y sencilla, sino por el empeño de cismáticos, jansenistas y herejes constitucionales en oscurecer la verdad.

La Iglesia católica es una, dice el autor; pero varía y múltiple en las diferentes Iglesias particulares que la componen: hay muchas Iglesias particulares; pero una sola católica, universal: conviniendo todas en la fe, se han distinguido en lo que forma su disciplina. Ahora bien, quizá entre todas las Iglesias nacionales, no hay una que luzca tan maravillosamente como la española su unidad con la romana y su variedad dentro de sí misma. Siempre corrieron juntas en España, auxiliándose mutuamente, las libertades canónicas y las políticas; pero hoy tanto se han identificado las Iglesias particulares con la romana, que todo hace temer un divorcio entre ellas y los Estados.

No todos los teólogos, prosigue, canonistas y Prelados de ahora opinan, entre nosotros, de igual manera, en cuestiones de entidad, que los Prelados, canonistas y teólogos de los pasados tiempos, y es que hoy se estudia por autores extranjeros. ¿Qué significa todo esto para nuestro pueblo, donde su Iglesia no necesita copiar para ser católica y romana, sino concentrarse en la originalidad de su vida y de su historia?

Hé aquí en sustancia y casi con las propias palabras del autor, la doctrina expuesta en las dos últimas páginas del capítulo IV, doctrina, apremiámonos a decirlo, que principia siendo cierta en el fondo, aunque mal expuesta, para desviarse pronto de la verdad y caer en dañados errores.

Antes de entrar a combatirlos en detalle, permitámonos ciertas observaciones generales que no haremos más que indicar, porque se hallan en la conciencia de todos nuestros lectores. La religión católica se ve hoy perseguida en todo el mundo: en unas partes por el liberalismo democrático, en otras por el liberalismo cesáreo; aquí por el cisma, allá por la herejía, acullá por negaciones absolutas de la incredulidad. La religión católica ha sido perseguida nación por nación, pueblo por pueblo, Estado por Estado, Gobierno por Gobierno, ley por ley, individuo por individuo. De este modo han conseguido los enemigos del Catolicismo: primero, la disminución de pueblos que conserven la unidad católica; segundo, la disminución de Estados católicos; tercero, la disminución de celo por la casa de Dios en esos Estados; cuarto, que por consecuencia los mismos Estados católicos se conviertan en perseguidores de la Iglesia o en indiferentes a esa misma persecución.

Pero los enemigos del Catolicismo no están contentos con todas estas ventajas, y quieren destruir la Iglesia en su piedra fundamental y en su cabeza visible que es el Papa, Vicario de Jesucristo. Así es que todos los ataques se dirigen hoy contra la cátedra de San Pedro, contra el Sumo Pontífice romano.

¿Se niega hoy la divinidad de Jesucristo? ¿Para qué?—Para negar al Papa su potestad espiritual.

¿Se niega hoy el poder temporal de la Santa Sede? ¿Por qué?—Porque los racionalistas creen que el poder temporal es el fundamento de la imperecedera potestad espiritual de los sucesores de San Pedro.

¿Para qué se quiere Estados cismáticos?—Para que vean con gusto la caída del Vaticano.

¿Para qué se quiere Estados liberales?—Para que reconozcan a Víctor Manuel por Rey de Italia, que es reconocerlo por señor de Roma.

¿Para qué se quiere Gobiernos católico-liberales?

rales?—Para que se crucen de brazos el día en que el Papa, con su cayado de Pastor universal, tenga que salir de Roma, dejándolo todo en Roma menos las llaves de San Pedro.

La revolución tiene un ojo ciego; sabe perfectamente a donde apunta, y sabe que si una vez acierta en el corazón, el tiro es mortal: lo único que ignora, es que no puede acertar. Por eso todos sus esfuerzos, y ataques se dirigen contra la Santa Sede romana, contra el Pontífice Romano. Y como la hemos visto atacar en todas partes; en masa de naciones, de pueblos, de Estados, de Gobiernos, y en partidas sueltas de inteligencias particulares, resulta un combate general, una batalla campal, un fuego en toda la línea revolucionaria, desde Mazzini hasta el autócrata de Rusia, desde Renan hasta el católico sincero, contra la cabeza y el corazón de la Iglesia, contra Pio IX y la Santa Sede.

Se le ataca con ejércitos y cañones, con errores y sofismas, con lazos y astucias; se le pone cerco de Estados enemigos, se le bloquea, se le quiere reducir hasta por hambre. ¡Oh, Santo y Venerable anciano! ¡Santisimo Padre, Pio IX! ¡Contra nadie se han dirigido tantos dardos como contra tu corazón, y ningún corazón, sin embargo, late más tranquilo que el tuyo! ¡Todos te miramos, y no podemos mirarte mucho rato sin llorar: tus ojos son los únicos que permanecen serenos y nos sonríen para consolarnos! ¡Todos acudimos a ti, todos nos acercamos a ti con nuestras oraciones, con nuestras oraciones, con nuestras protestas, y sobre todo, con nuestra inquebrantable fe, y nuestro inefable amor. A Roma, a Pio IX vuelan nuestras almas, y para Pio IX y para Roma todo nos parece poco.

Y en efecto, toda nuestra adhesión a la Santa Sede y al Vicario de Jesucristo nos parece tibia y pequeña para contrarrestar la saña que contra el Pontífice romano y la Iglesia de Roma sienten hoy los múltiples enemigos del Catolicismo.

Pues bien, en esta ocasión de angustias y amarguras, de celo y entusiasmo en que los fieles se repliegan bajo las alas maternales de la Iglesia romana y se estrechan contra su corazón y no se cansan de apretarse al calor de tan cariñosa como valerosísima Madre; en estos días de unión, porque son días de desgracia; en estos momentos en que nuestro único consuelo es llorar juntos, orar juntos y vivir siempre juntos, en identificarnos todos de tal manera que quisiéramos los fieles, si hemos de perecer, tener una sola garganta para morir de un mismo tajo; en estos momentos, repetimos, ¿qué es lo que propone el Sr. Castro, el sacerdote católico señor Castro, el catedrático de una universidad católica Sr. Castro, el antiguo fraile señor Castro?

El Sr. Castro se extasia al contemplar que entre todas las Iglesias nacionales (recuérdese el horror con que mira la Santa Sede y recientemente Pio IX esa palabra del saber cismático) no hay una que luzca tan maravillosamente su unidad con la romana y su variedad dentro de sí misma, como la española. Esto en cuanto a lo pasado, esto en cuanto a la historia; pero si se trata del día de hoy, el Sr. Castro se lamenta de que se hayan identificado tanto las Iglesias particulares con la Iglesia romana; que ha llegado a ser temible un divorcio entre las Iglesias particulares y el Estado.

Citemos las palabras textuales, porque en asuntos tan graves no queremos ser creídos bajo la nuestra: «De lamentar es, dice (pág. 75), «que no se hallen estrecha y lealmente unidos los tres términos que constituyen las relaciones entre la potestad eclesiástica y la civil, a saber: la Iglesia romana, los Gobiernos y las Iglesias particulares. Tanto se han identificado estas con aquella, que todo hace temer un divorcio entre ellas y los Estados.»

Es decir, que el fundamento del temor de divorcio entre las Iglesias y los Estados es que las Iglesias particulares se identifiquen con la Iglesia romana, en sentir del Sr. Castro. Es decir, que para él, cuanto más unidas estén las Iglesias particulares a la Santa Sede, más en peligro están de separarse de los Gobiernos civiles: es decir, que consistiendo el bien social en la unión del sacerdocio con el imperio, de la Iglesia con el Estado, para conseguir este bien, en opinión del Sr. Castro, es preciso evitar que se identifiquen la Iglesia romana con las Iglesias particulares.

Y sobre todo, cuando hay que evitar esta funestísima unión de los miembros con la cabeza, de las partes con el todo es hoy, hoy que el Vicario de Jesucristo apenas tiene un palmo de tierra donde reclinarse su venerable nevada cabeza; hoy que se ve por casi todos los Estados perseguido y por todos desamparado.

Remedio de la angustiosa situación de la Santa Sede viene a ser el particularismo de cada Iglesia, según el nuevo académico. Y este remedio urge; porque «no todos los teólogos, cano-

nistas y Prelados de ahora opinan, entre nosotros, de igual manera, en cuestiones de entidad, que los Prelados, canonistas y teólogos de los pasados tiempos. Se estudia, tal vez por teólogos y canonistas extranjeros de doctrinas católicas, pero de opiniones exageradas todavía. Difícilmente, prosigue, habrá un solo seminario en España, donde se enseñen las doctrinas del Abulense; Castro y Victoria, relativamente a la infalibilidad de los Pontífices; ni las de Francisco Salgado y del Obispo Tavira en orden a la independencia del poder civil en asuntos temporales.» (Pág. 75.)

¿Qué extraño es que no se enseñen hoy las doctrinas del Abulense en los Seminarios de España, si nunca se han enseñado, ni se deben enseñar? Aun en vida suya fueron muy mal vistas. El Tostado tuvo que explicar sus opiniones, y sus explicaciones no satisfacían. Mariana le trató duramente diciendo que sus doctrinas eran nuevas, que a las gentes alteraban.

Las obras del Sr. Salgado están en el *Índice* y por lo tanto sería un delito enseñar por ellas en los Seminarios y universidades. En cuanto al señor Obispo Tavira, nunca tuvo más que fama de predicador elegante; pero como canonista sabía poco y eso no muy bueno.

¿Son estos los autores que quiere el Sr. Castro ver en manos de la juventud estudiosa de nuestros días para combatir los ataques universales de la revolución contra la Santa Sede y del cisma contra la unidad de la Iglesia?

Suspendamos aquí este artículo, pues el lector habrá notado más que en las palabras, en el estilo, que nos falta nuestra calma habitual al tratar de estas materias. Y en efecto, debemos confesar ingenuamente que escribimos hoy con el corazón traspasado de dolor y de indignación al ver las pretensiones del Sr. Castro en una época en que toda unión, toda identidad con la Sede apostólica, nos parecen pequeñas en días de tanta amargura, de tanto desamparo, de tanto dolor para la Santa Sede.

¡Oh! Ya que no se respeta nuestro amor, quisiéramos al menos que se respetara nuestra desgracia.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Ayer terminó su interrumpido discurso el señor Cláros, y lo terminó antes de tiempo, y esto no por culpa suya, sino por la intolerancia del señor presidente del Congreso. Frecuentemente hemos tenido que alabar, con mucho gusto nuestro, la firmeza del Sr. Ríos y Rosas; pero estos justos elogios que en nuestras columnas pueden notarse como prueba de imparcialidad, nos autorizan a censurar el excesivo rigor que ayer usó con el diputado católico, entrando por algunos momentos hasta a discutir con él, y olvidando que si el diputado es inviolable por sus opiniones, en ninguna esfera su inviolabilidad debe ser más respetada que cuando descubre los abusos y vicios inherentes al principio que informa a los actuales Gobiernos. Porque si no se manifiestan, ¿cómo se han de corregir? y si no se corrigen, ¿a dónde vamos a parar?

Habló después el Sr. Nocedal contestando a los oradores de la comisión y principalmente al Sr. Escosura, y habló con la elocuencia, maestría y elevación de miras de costumbre, colocándose hábilmente en el terreno de los adversarios más que en el nuestro, pues se trata de una cuestión en que los liberales pueden votar con los católicos, si es que quieren, una vez al menos, dar prueba de amor sincero a la libertad verdadera.

Hoy no tenemos espacio para tratar esta cuestión, porque lo necesitamos para dar cabida a los discursos indicados que tomamos del *Diario de las Sesiones*. Restamos decir que la brillante peroración del Sr. Nocedal fué muy aplaudida por los diputados de la mayoría, y que el orador se sostuvo siempre a una misma altura sin decaer un solo momento.

Es probable que si ayer se hubiera votado el proyecto del Sr. Nocedal, habría tenido muchísimas adhesiones de la mayoría, que estuvo en algunos momentos subyugada, y quedó vivamente impresionada con la enérgica pintura que el Sr. Nocedal hizo de los males que trae consigo la confusión de la administración con la política en el Parlamento.

Pero ¿puede subsistir en España el parlamentarismo sin diputados que sean al propio tiempo empleados? El Sr. Escosura lo negaba terminantemente, y nosotros, y creemos que con nosotros los señores Nocedal y Cláros, convenimos en la apreciación del Sr. Escosura.

Por eso somos partidarios de la incompatibilidad absoluta, sin que en ella veamos la panacea de nuestros males.

Como verán nuestros lectores en otro lugar, la discusión del voto particular de los señores

Nocedal y Cláros sobre el proyecto de ley de incompatibilidades parlamentales, se suspendió después del discurso del primero de dichos señores. Cuando el señor presidente interrumpió al Sr. Nocedal para advertirle que si pensaba extenderse mucho podría continuar hoy su discurso, puesto que el señor ministro de Hacienda tenía que usar de la palabra para contestar a una pregunta que al principio de la sesión le había dirigido el Sr. Torrecilla, los que no estaban en ciertos antecedentes, el numeroso público que asistía a la sesión y los diputados que no se habían detenido en los corrillos de los salones de conferencias, diéronse a pensar y a preguntar a sus vecinos qué suceso grave había ocurrido cuando se suspendía una discusión importante para dar lugar a un incidente en que iba a tomar parte un ministro. Empezaron los cuchicheos y el removerse en los asientos, y sólo la atractiva elocuencia del ilustre diputado católico impedía que no se separase la atención de su discurso.

Pero este quedó terminado a los pocos momentos, y pronto empezó a satisfacerse la curiosidad de los espectadores. Habló el Sr. Torrecilla, y el Sr. Cardenal, y el Sr. Alonso Martínez, y el Sr. Moyano, y el general O'Donnell, y hasta el periódico *La Epoca* jugó un papel importante en aquella interesantísima discusión. Si el señor ministro de Hacienda, pidió, rogó o suplicó al Sr. Moyano el día anterior que aplazase para dentro de tres o cuatro días la pregunta que pensaba dirigirle, o si el señor ministro se limitó a advertirle que no le podía contestar; si el Sr. Moyano expuso al ministro que tenía contraído un compromiso con el público, y por tanto, ya que no hacía la pregunta, era preciso que el ministro le autorizase para hacer pública la conversacion que entre ambos había mediado; si el Sr. Alonso Martínez concedió o no concedió al Sr. Moyano la autorización que le pedía; si el Sr. O'Donnell, según contaron al Sr. Moyano, dijo o dejó de decir que el Sr. Moyano no hacía la pregunta porque se había arrepentido; si *La Epoca* y otro periódico, refirieron con inexactitud lo ocurrido entre el Sr. Moyano y el ministro de Hacienda con marcada intención de disminuir a este, y en fin, si del incidente de que se trataba eran responsables tales diputados o el ministro; todos estos puntos, y aun algún otro, se trataron ayer en el Congreso después del brillante discurso del Sr. Nocedal, de la manera que en extracto pueden ver nuestros lectores.

¿Era este asunto digno de llamar la atención de la Cámara? De antiguo conocemos ya cuánto suelen interesar estos incidentes; pero aparte de esto, detrás de la cuestión personal entre el señor ministro de Hacienda y el Sr. Moyano todo el mundo creía ver otra de gran trascendencia para el país, y así los diputados como los que no lo eran estaban pendientes de la palabra del señor ministro, esperando poder deducir de su lenguaje una prueba más, sobre la conducta observada el día anterior con el Sr. Moyano, de que hay algo de cierto en los rumores que circulan sobre proyectos del ministro de Hacienda y alguna luz acerca de la clase y entidad de esos proyectos. En cuanto a lo primero todos salieron convencidos, pero luz no dió ninguna el señor Alonso Martínez a pesar de lo poco hábil que estuvo en sus contestaciones.

Estamos, pues, en oscuridad completa. Que hay proyectos y negociaciones es indudable; cuál es el objeto, nadie lo ignora: no hay dinero, y se trata de proporcionarlo. ¿Cómo? Esta es la incógnita. Oigamos, sin embargo, lo que dice *La Epoca* y repiten otros muchos periódicos:

«Según se ha dicho hoy en la Bolsa, el empréstito que está en incubación sería de mil millones de reales, tomándose títulos del 5 por 100 de 48 a 50, pero pudiendo las casas que lo realizaran pagar el 20 por 100 de la suma nominal en certificados de cupones. Al mismo tiempo se aumentaría en doce millones la cantidad destinada a la amortización de las deudas pasivas como equivalencia de los bienes de propios, baldíos y reales. Antes de que este proyecto, que se enlaza también con el de Bancos, se sometiera a las Cortes, se abrirían las Bolsas de Londres y Amsterdam a la contratación de todos los valores españoles. Inútil nos parece decir que todas estas noticias deben acogerse con gran reserva.»

Añade *La Epoca* que ha llegado a Inglaterra el Sr. D. Bonifacio Cortés, uno de los altos funcionarios del ministerio de Ultramar, que antes estuvo al frente de la comisión de Hacienda en París, y el *Pabellón Nacional* da cuenta de otros rumores relativos a una negociación de un empréstito de 20 millones en Francia con un cargo de 15, 20, o según otros, 50 por 100 entre interés, cambio y comisiones y con la garantía de 140 millones de billetes hipotecarios que España daría en prenda, y a otro proyecto de creación de un banco hipotecario con privilegio exclusivo, el cual se entendería con los tenedores de cupones que indirectamente quedarían reconocidos.

*La Correspondencia* se limita a decir que el

Sr. Alonso Martínez dará en su día explicaciones tan victoriosas como debe esperarse de su buen nombre y de su merecida fama de inteligente y honrado.

Nosotros aconsejamos que se tenga paciencia, seguros de que los contribuyentes sabrán dentro de poco cuanto les interesa saber respecto a los proyectos rentísticos del Sr. Alonso Martínez. En toda fiesta hay que contar con el que paga, y el contar antes o después es cuestión de pura fórmula.

#### Leemos en La Nación:

Dice el Obispo de Cuenca, predicando la sumisión ciega a los poderes constituidos, que siempre se quejan los súbditos de sus Gobiernos, se quejan infundadamente.

Quiere esto decir que los Obispos, súbditos de los poderes constituidos, como todos los demás ciudadanos, se quejaron infundadamente al publicar exposiciones, algunas de las cuales tienen puntas y ribetes de proclamas incendiarias contra el reconocimiento del reino de Italia?

Según parece, no solo muere el pez por la boca, muere también el Obispo.

Estos periódicos liberales no acaban de entender la diferencia que hay entre el simple súbdito de la potestad civil, con quien habla el venerable Obispo de Cuenca, y las personas puestas por Dios para regir y gobernar la Iglesia. El primero carece de toda superioridad, de toda jurisdicción y magisterio, y así su deber es siempre la obediencia, salvo cuando para obedecer a los hombres tenga que desobedecer, a Dios; pero las personas adornadas del carácter y dignidad episcopal, aunque son súbditos del Príncipe, también son sus maestros en la doctrina, y son asimismo los encargados de vindicarla cuando se desconoce o vilipendia por los poderes constituidos. Esto supuesto, ¿no es por ventura de la competencia de los Prelados del reino salir en defensa de los derechos del Pontífice Romano en el territorio invadido sacrilegamente por sus enemigos?

Pero en el caso presente a que se refiere *La Nación*, hay que considerar que las exposiciones de los venerables Prelados para que no se reconociese el falso reino de Italia, son, además de enseñanza purísima, el uso de un derecho que compete también a los particulares, y del cual usaron no sin complacencia de los Principes de la Iglesia, y entre estos del Ilmo. Obispo de Cuenca. Las simples peticiones no se oponen ciertamente a la subordinación, a la obediencia, a la humildad ante la autoridad de los superiores constituidos que predica este celoso Prelado como distintivo del cristiano. Por consiguiente, la contradicción que el periódico liberal supone falsamente entre sus palabras y sus obras carece de todo viso de razón.

Pero la refutación más cumplida de *La Nación*, en la que se muestra además la táctica del periodismo liberal, puede hacerse en estas dos palabras: «El venerable Obispo de Cuenca no ha dicho lo que este periódico pone en sus labios para argüirle falsa y gratuitamente de contradicción.»

DISCURSOS SOBRE INCOMPATIBILIDADES, PRONUNCIADOS POR LOS SEÑORES CLAROS Y NOCEDAL EN LA SESION DE AYER TARDE.

El Sr. CLAROS: Dije ayer, señores diputados, que no me proponía, propiamente hablando, pronunciar un discurso, sino hacer una disertación acerca de la alta cuestión de política constitucional sometida a vuestra deliberación. Voy a recordaros el estado en que lo dejé ayer para continuar después sin más preámbulos.

Me propuse probar que la compatibilidad de los empleados, ó sea, como yo lo llamo, la burocracia parlamentaria, viciaba y era perjudicial primeramente al individuo, al mismo empleado en segundo lugar, a las entidades sociales llamadas Gobierno y Parlamento, y últimamente a la sociedad misma. Sobre esto último es sobre lo que voy a hablar hoy, resumiendo en esta última parte mis anteriores observaciones.

Os he demostrado los vicios que produce ese orden de cosas en los órganos y en el organismo parlamentario: ahora vais a ver los efectos morbosos que produce en la sociedad misma en general. Para ello habré de considerarlos en el orden moral, en el orden económico y en la vida general de la sociedad.

A mi entender, el primer inconveniente que se produce por ese principio nocivo es el perversamiento del orden moral. Os he dicho que saca esta cuestión completamente del terreno de las personalidades y de actualidad; no me dirijo, en esta parte al gobierno actual como miembro de la oposición; no me dirijo a una administración ni a un partido determinado, sino a todas las administraciones y a todos los partidos más o menos influidos por esta especie de corrupción.

Yo creo que si queréis de esto un ejemplo insignificante, no tenéis más que volver los ojos a la vecina Francia. ¿Sabéis por qué acabo allí el sistema representativo? Pues acabo por esa corrupción. Yo sé que la corrupción es un mal de la humanidad; que se hará sentir siempre, más o menos, en toda clase de Gobierno; pero es indudable que en (estos Gobiernos ejerce su acción principal especialmente por el burocratismo parlamentario. Ya se critica mucho al antiguo régimen por esa razón, y por desgracia con bastante fundamento; pero en el actual sistema yo creo que estos vicios han sido exacerbados. Apelo a vuestra conciencia; apelo a vuestra experiencia; yo no os haré más que indicaciones cuya exactitud y extensión podréis justificar por vosotros mismos, por vuestros conocimientos, por vuestros estudios especiales sobre el movimiento social de nuestro país, que conocéis, cuando menos, tan bien como yo.

Es indudable que esta corrupción arranca en primer término de los comicios electorales, como tuve ayer ocasión de daros a entender. ¿Diréis quizás que este inconveniente es el mismo aunque no sean empleados los candidatos? Examinaremos la cuestión, siquiera sea ligeramente, y os convenceréis de que no es así.

Cuando en las elecciones llegan a ser nombrados los representantes naturales del país, el resultado es que las amistades, las relaciones de familia, ó si se quiere también los intereses locales y las ideas políticas, chocan y se disputan el terreno; pero apenas queda lugar a la corrupción. Por el contrario, las candidaturas oficiales, que son impuestas, y por consiguiente repulsivas, producen necesariamente una presión oficial, mayor ó menor, que difícilmente puede dejar de ser más ó menos directamente corruptora, y que empezando por arriba concluye por las últimas clases de la sociedad.

Yo creo, sin ofender a la magistratura, que ha

llegado a sentir en medio de la abstracción de su retiro la presión de esta atmósfera, y yo he oído quejarse a magistrados dignísimos de la perturbación que traía a la calma de sus tranquilas é impasibles funciones el oleaje de las pasiones políticas. Sin entrar en pormenores enojosos é inconvenientes, os haré una observación que prueba el estado actual sobre este punto de la sociedad. ¿No estáis oprimidos, señores diputados, por las recomendaciones que se os piden todos los días para los magistrados? Pues eso manifiesta claramente cuál es el estado de la sociedad. El pedir esas recomendaciones constantemente, por todo el mundo, y como un medio ordinario de defensa, indica, si no que en esta parte la llegada la corrupción adonde no debía llegar, al menos que no se conceptúa libre el santuario de la justicia de esas perturbaciones. Yo no voy a citar ni datos ni hechos ajenos, sino un hecho propio, un hecho que me ha ocurrido a mí con un pobre labrador. Pedíame este infeliz que lo recomendase a un juez amigo mío; y yo, que repugno siempre estas recomendaciones, aun dentro de los límites que consienten la conciencia y la justicia, me defendía diciéndole: «el juez es un funcionario dignísimo, y estoy seguro de que no necesita recomendaciones para administrar a Vd. justicia cumplida.» ¡Ah señor! me contestó el labrador: nuestros contrarios son de los que tienen voto, y nosotros no lo tenemos.

Confieso, señores, que la sencilla y sentida indicación de este honrado labrador me hizo más efecto que todo lo que he leído en los publicistas que critican la corrupción de los Gobiernos parlamentarios.

Permitidme, señores, que os señale otro gravísimo inconveniente. El inconveniente mayor que hay para mí en todo es la desautorización completa del Gobierno; y cuidado, que al decir Gobierno no me fijo en el actual ni en ninguno de los anteriores, sino en la entidad moral gubernativa, en la alta dirección de la sociedad, comprendiendo en ella a nosotros mismos, que tomamos una parte en esa acción como poder legislativo fiscalizador ó impulsivo.

El resultado es que las masas están en una constante excitación contra el Gobierno entendido en esa genérica acepción; que llegan a formarse una idea tan exagerada y tan falsa de esos males, en mucha parte comunes a todos los poderes directivos del mundo, que para ellos el Gobierno es un ente maldito, que obra siempre mal; en una palabra, que el Gobierno es una fuente perenne de todos los males, un espíritu de destrucción, en lugar de ser el poder conservador y tutelar, que está investido para el bien de la sociedad con todos los caracteres augustos de la paternidad. Creo pues haber demostrado la perniciosa influencia que ejerce en el orden moral por entromettersse el parlamentarismo burocrático en esa acción política que a mí entender le debe estar vedada; y aunque no tomeis en cuenta más que la prevención que tiene sobre este particular la opinión pública, creo que vendreis a convenir conmigo en la necesidad urgente de poner a este mal un eficaz remedio.

Voy ahora a examinar los malos resultados que produce el sistema en el orden económico.

Ya sabéis, señores, que el sistema parlamentario tiene su base principal en la idea económica. Puede sostenerse que los economistas fueron en el continente sus primeros proclamadores. En la actualidad casi puede decirse que el liberalismo es la idea económica. En todo lo demás, podrá haber dudas y divisiones; pero en cuanto al sostenimiento y el encomio de los principales liberales económicos, todos los liberales convienen. Hay igualmente conformidad en considerar a los Gobiernos parlamentarios como el medio más eficaz para fecundar la riqueza pública por medio del desarrollo de los principios económicos. Por tanto, en lo que más debe fijarse un Gobierno parlamentario, es en la perfección económica, porque esa es, al decir de sus más ardientes panegiristas, su gran misión. Es conocida máxima de los publicistas constitucionales, que todo se remedia con la intervención de los Parlamentos en la votación del impuesto, y que aun los males que no se remedian en otra parte, se remedian facilísimamente en la discusión económica de los presupuestos, en la cual vienen a refundirse todas las demás.

El mal efecto del burocratismo parlamentario aplicado al principio económico que ejerce en la totalidad del sistema tan grandísima influencia, es el argumento más fuerte que se puede hacer contra aquel principio deletéreo, y su completa anulación es una verdadera defensa del sistema representativo, al cual se supone que nosotros atacamos, cuando realmente no hacemos más que procurar su perfección.

El primer efecto de este mal ó podesis ver, señores, en los presupuestos, en el aumento indebido de sus cifras por la movilidad que entraña el burocratismo parlamentario en todos, pero principalmente en los altos empleados.

A virtud de este incesante movimiento los empleados se cambian frecuentemente, y los que quedan fuera de cuadro disfrutan mayores ó menores cesantías. Precediendo de las de los ministros que forman una cantidad respetable, sucede que por el resultado de esa movilidad continua, una multitud de funcionarios llegan a los altos puestos de la carrera, a donde no deberían llegar en un orden normal; resultando de aquí otro motivo poderoso de aumento indebido en las jubilaciones y cesantías, ó para hablar más genéricamente en todos los derechos pasivos. Esto sucederá, señores, siempre que en lugar de formar las leyes los contribuyentes las formen los contribuidos. La humanidad fue, es y será siempre la misma. Los que vengán aquí a formar las leyes, las formarán siempre a su gusto y en su provecho. A vosotros no se os concede más que la elección de las clases de la sociedad que deben formarlas. Elegid esas clases: haced si podesis que sean las que están en mejores circunstancias de ejercer el poder público; pero contad siempre con que los que vengán aquí han de hacer las leyes a su provecho; y si no lo creéis así, permitidme que os diga que creéis un absurdo.

Queréis por ventura decirme que esta Cámara se compone en su mayoría de propietarios, y que ellos son los que influyen más en la formación de las leyes? Ya os hice ayer sobre este particular algunas indicaciones, que completaré en este momento. Y cuenta, señores, que al hablar de propietarios me refiero a la clase de comerciantes, de industriales, de capitalistas, a las clases trabajadoras todas que no pertenecen al elemento burocrático; tened sin embargo entendido que todas esas clases, por grande que sea el número en que aquí vengán, siempre que tengan ante sí la clase burocrática, serán políticamente absorbidas por ella completamente.

Esto está en la naturaleza íntima de las cosas. Ante la organización inteligente y vigorosa que tiene naturalmente la burocracia parlamentaria, los propietarios que vienen aquí son lo mismo que eran los pobres indios de Méjico ante Hernán Cortés y sus valientes soldados; serán lo que han sido siempre las masas desorganizadas ante la organización militar. Se me dirá que son muchos los propietarios; pues yo diré al orden político la frase de Atala aplicada a los ejércitos numerosos y desorganizados: «La mies apratada se siega mejor.» El resultado de todo, señores, es que los propietarios no pueden prevalecer nunca en estas Asambleas mientras que no se vean libres de la tutela opresora del organismo burocrático, como no pueden crecer los árboles pequeños debajo de los grandes que se han apoderado con sus raíces y sus ramas del terreno.

Queréis, señores, que os indique un ejemplo de esta verdad? Pues os referiré una anecdota semejante a otra de que os di cuenta respecto a la organización de la comisión de la Guardia rural. Ahora voy a exponeros otra muy parecida. En aquella no cité nombres, pero en esta puedo ha-

cerlo sin dificultad, porque la persona de que se trata soy yo. Esta anecdota no es de este año; pertenece al año pasado; he hecho mención de ella en otro discurso, y la voy a repetir, porque yo no procuro aquí decir cosas nuevas ni bellas, sino únicamente cosas útiles.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. CLAROS habrá reparado la tolerancia que he tenido con S. S., tanto en el día de ayer como en el de hoy. S. S., hombres de conciencia y delicadeza, teniendo esas cualidades que todo el mundo le reconoce, ¿puede negarlas a los demás, puede negarlas a una corporación, a un alto cuerpo del Estado?

Continúa V. S.

El Sr. CLAROS: Yo creía que cuando no me dirijo a persona alguna determinada, cuando simplemente por la época a que me refiero parece que no me dirijo a la situación actual (porque realmente no es un discurso de oposición lo que estoy pronunciando) me parecía, digo, que podía tratar en abstracto la cuestión de los males de la sociedad, sometiendo en todo caso al Sr. Presidente la justicia y oportunidad de esta observación.

El Sr. PRESIDENTE: Yo no trato de coartar en manera alguna la libertad, sino de cumplir únicamente con mi deber.

Desearé S. S. examinar el estado malo de la naturaleza humana sin fijarse en el estado bueno, lo cual es peligroso en este lugar, prescindiendo de que sea falso, completamente falso.

No mando leer el artículo del reglamento para que S. S. no se considerara más cohibido por la presidencia, y el presidente lo que ha buscado es dejar a S. S. en completa libertad.

El Sr. CLAROS: Estaré en un error; yo respeto la autoridad de V. S., porque respeto en primer lugar toda autoridad, y tengo una particular estimación a la persona de V. S.; pero yo creía que podía hacer la crítica de los vicios sociales, no dirigiéndome a ninguna persona ni a ningún partido; porque la cuestión, como pueden juzgar todos los que me escuchan, está presentada por mí en una esfera más elevada; francamente, señores, yo entiendo que no se pueden corregir los males públicos, sino indicando la causa y designando cuál puede ser el remedio.

Por lo demás, S. S. y el Congreso serán jueces de mi conducta, y yo someto mis observaciones a la prudencia del señor presidente y a la apreciación del Congreso.

Paréceme que yo puedo entrar en el fondo de la organización social y manifestar cuál es aquella que yo creo más ventajosa.

Permitidme el señor presidente dirigirme a su discreción y generosidad; yo, que no me considero hombre de Parlamento; yo, que he dicho que los primeros discursos que he pronunciado han sido en este lugar, si S. S., a quien yo tengo el debido respeto y una particular atención, me cohibe de esa manera, no podré continuar. Esto es remitirme a la delicadeza y justificación de su señoría, para que tenga presentes en mi situación esas circunstancias particulares. Por lo demás, de ninguna manera trato de coartar sus facultades legítimas y las disposiciones del reglamento, a que en todo caso suscribo.

El Sr. PRESIDENTE: El Presidente no puede discutir con V. S. Si acaso se ha excedido un poco de los deberes de su posición discutiendo con su señoría, ha sido para convencerle de la necesidad de que fue a la mano en ciertas cosas y en cierta manera de decir las cosas. ¿Cree V. S. que porque emplee ese tono moderado que usa y por su enloquecimiento al valor a las palabras que quedan fijadas en las notas taquígrafas y circulan por el país? ¿Cree S. S. que no ha dicho cosas graves que tanto el Congreso como el presidente han dejado correr? ¿Y cree S. S. que no es deber del presidente llamar la atención sobre esas cosas? Sirvase V. S. continuar, seguro de la tolerancia del Congreso y de la benignidad del presidente.

El Sr. CLAROS: Pues bien, señores: voy a continuar. A mí me ha sucedido el año pasado justamente, en la comisión de presupuestos, lo que sucedió a las personas que ayer os indiqué en esa otra comisión de organización de la guardia rural. En esta ocasión voy a decir que no me limito a la legislación actual ni trato de hacer ninguna crítica dirigida a partidos ó situaciones determinadas; y mucho menos ninguna que tenga carácter de personalidad.

Yo era moderado: eran amigos míos los individuos de aquella mayoría y de aquella sección, y es más, venía indicado para una comisión como miembro de la mayoría cuando se abrieron las Cortes y se hicieron las primeras designaciones.

Yo entonces traté de formar parte de la comisión de presupuestos, y ya puede calcular el Congreso qué clase de motivos me llevarían a solicitar un puesto que no tenga nada de glorioso y que tiene sobrado de enojoso y de árido. Empecé mis gestiones, y como viniese designada para la comisión de presupuestos una persona digna conocida mía y que sabía yo que no podía tener ningún interés en ocupar ese puesto, le propuse el cambio de nuestros puestos respectivos; a lo cual accedió al instante gustosísimo.

El mismo hizo la indicación, diciendo con gracia que era un obrero de la inteligencia y que su reducidísimo presupuesto no era ciertamente la mejor escuela para dominar esta especie de cuestiones. Se hizo la votación, y púesme el Congreso, el propietario que se prestaba gustoso a este enojoso trabajo fue rechazado, y el obrero de la inteligencia, que se declaraba con laudable modestia inhabil para esta clase de estudios, y que sincera y calorosamente los repugnaba, fue preferido.

Creo, señores, que estos hechos deben ser del dominio del público, y que los sostenedores de la necesidad de una gran reforma en el modo actual de existir de estas cosas, estamos en el derecho de exponerlos a la consideración pública para que surtan los efectos convenientes en nuestro modo de ver político, que podrá quizás ser erróneo, pero que está inspirado por una recta intención. Fundado en estos antecedentes, añadiré que el resultado de las designaciones hechas por aquella mayoría para la comisión de presupuestos fue, que de los 55 nombrados quizá eran empleados los 50 ó poco menos; es decir, su inmensa mayoría.

El resultado general de todo esto es, como queda demostrado en esos notabilísimos ejemplos, que no puede haber en los Parlamentos esa apetecida libertad é independencia de parte de los propietarios, mientras haya esa organización burocrática que la imposibilita ó la dificulta por lo menos. Esto es lo que yo quería comprobar con este ejemplo, y nada más.

Pueda bien, señores: si queréis apreciar en grande estos efectos, no os fijéis pudieran quizás parecer cuestiones de personas; fijaos en los resultados. Los resultados ya los sabéis: 160 millones de clases pasivas; el presupuesto de Guerra y Marina, sobre el cual hay que hacer muchísimas observaciones; los déficits constantes en todos los presupuestos, y que podesis en todo caso estudiar en otros países si queréis llevar más lejos el espíritu de observación. Ante esos inmensos y tangibles resultados, yo puedo muy bien dispensarme de innecesarias ampliaciones. Las mismas causas producen los mismos efectos. Donde quiera que vais apoderados de las cosas públicas el burocratismo parlamentario, veréis alejado de la cosa pública el principio de las economías reales y positivas. Estas es, señores, la verdad. Os he hablado de la perniciosa influencia de la burocracia política en la parte moral y económica de la sociedad; ahora vais a verla funcionando de la misma manera funesta en la acción sintética de la vida social.

Después de haber visto los vicios del organismo, vais a ver el estado fisiológico del enfermo; voy a haceros una descripción de las principales enfermedades de la entidad social.

Me limitaré a indicaros: unas cuantas que producen en la sociedad ese principio deletéreo.

Es la primera la intermitencia administrativa.

La intermitencia de la burocracia es un mal exclusivamente español, ó por lo menos principalmente español, y quizás tenga causas parecidas a las de nuestras tierras del mismo género. Las intermitencias las originan los mismos palúdicos de las aguas estancadas; y quizás la intermitencia administrativa provenga de los mismos del estancamiento producido por la holgazanería.

He dicho que estaban haciendo, según la expresión del jurisconsulto Bentham, un tratado de patología social; la terapéutica y la clínica no me corresponde a mí, sino al señor ministro de la Gobernación, ó al que le suceda en el puesto. Pero me ocurre un remedio que manifestaré, porque creo que el señor ministro de la Gobernación, aunque yo estoy en la oposición, no me tiene mala voluntad y le escuchará benévolutamente. Las tercianas se curan con los amargos; pues que los señores ministros curen ese otra mal con la amargura del trabajo. Alejan de los empleos a los que los buscan como un medio de existencia cómoda: hagan trabajar a los que queden en sus puestos, y creo que libres así de muchos que no deben ocuparlos, habrán dado un gran paso para la cura de ese mal.

Otra de las enfermedades sociales que produce naturalmente este estado vicioso del organismo es la que llamaré hidropesía legislativa, ó sea furor de legislar. ¿Es en efecto cierta esta enfermedad, si ó no? Ya sabéis la sentencia de Tácito: «la corrupción de la república engendra la muchedumbre de las leyes.» Yo no digo que no sea muy cierta esta afirmación, como propia del que la hizo; pero aunque me diréis una sociedad la más sencilla del mundo, como la entreguéis al burocratismo parlamentario, pronto se verá inundada de leyes. Tengo para eso un argumento que no podesis rechazar. Os puedo presentar una nación que durante los siete u ocho primeros siglos de su existencia pasa con siete u ocho pequeños volúmenes de leyes; pasa otros tres con otros tantos volúmenes (en verdad más grandes), los que se llaman la Novísima Recopilación; pero viene después el burocratismo, apodérase de la legislación, y empieza a aumentar la colección en términos que ya se mueren un volumen delgadito cada año.

Marcha la sociedad más por esa misma senda, y ya es preciso por un año un gran volumen; luego dos, tres, cuatro, y aún es preciso añadir colecciones particulares para cada ramo de la administración pública. Si queréis saber si esto es ó no verdad, no tenéis más que consultar vuestras propias bibliotecas. Una gran parte sois letrados, y como todos la exactitud de esta enumeración bibliográfica. Yo creo, pues, que estoy en la razón al señalar esa enfermedad que he llamado hidropesía legislativa ó furor de legislar, como uno de los grandes males del burocratismo parlamentario. Cuando vengán aquí a dominar las clases trabajadoras, no existirá esa tendencia funesta, porque a virtud de los hábitos y tendencias conservadoras, no tienen esa especie de furor legislativo de los hombres profesionales, de los burocratas turbulentos que se lanzan a ese campo de las innovaciones, cambiando sin la conveniente premeditación los sistemas administrativos, políticos y jurídicos. Creo, pues, que he sido justo condenando también ese principio por el mal efecto que en el movimiento legislativo produce.

Hay otra enfermedad en una dirección hasta cierto punto contraria. Ya habéis visto el efecto que produce en el interno ese vicio en el organismo; ahora vais a ver el que produce en lo externo. En esta parte puede decirse que si hay sobre de vitalidad en el movimiento interno de nuestra existencia social, hay falta ó atonía en el movimiento externo, ó bien aparece con caracteres de irregularidad y violencia que los hacen igualmente censurables. En esto no hago más que indicaciones generales, porque no es del caso entrar ahora en el examen de la política exterior. Bástame dos ó tres indicaciones para que conozcáis los vicios que en esta parte entraña el burocratismo parlamentario.

Paralelamente a esa, permitidme señalar otra causa de esa falta de política externa, y en todo caso de carecer de buena política. Esa falta procede de la carencia de clases que tengan tradiciones y principios que estén encarnados en los intereses nacionales y que obliguen a seguir una marcha constante de utilidad general. El burocratismo no tiene intereses como clase, sino como individuo, y en todo caso sus intereses no tienen la debida relación entre los intereses nacionales y extranjeros. Por eso en un país donde el burocratismo está encargado de la dirección de los negocios, la política externa no tiene un carácter vigoroso y permanente, y si examináis sus diversos actos, en todos sus períodos veréis siempre que ha llevado mala dirección.

Su carácter general es el de alianzas sometidas únicamente al espíritu de partido, y alguna vez a un personalismo vituperable. Los partidos hacen siempre estas alianzas, no en el sentido del interés nacional, sino en el de su propio interés. Yo no puedo anticipar el juicio que hará la historia, pero creo que ha de ver en muchos de nuestros hechos en el exterior causas meramente personales.

Si entrar, como digo, en un examen detallado, me contentaré con indicar a grandes rasgos esa política exterior: la política de Italia, que para nosotros, en el orden de mis ideas (respeto las de los demás), es una política contraria a los intereses españoles; la guerra de África, gloriosa, pero estéril; las de Cochinchina y el Perú, felices, pero tan innecesarias como infructuosas: las de Méjico y Santo Domingo, innecesarias, inglorias, desastrosas, y siquiera ilegítimas. No quiero insistir sobre esto. Os lo recuerdo sólo como prueba de que en la burocracia política no hay nunca el sello, un interés nacional bien entendido y de que su política no logra nunca alcanzar el sello de nacionalidad que debe tener para que sea gloriosa en el exterior, y útil y provechosa en el interior del país.

Otra enfermedad social que hasta cierto punto os he indicado ya, es la empleomanía, que podría llamarse una especie de epilepsia burocrática, puesto que este mal es el resultado del predominio del sistema nervioso sobre el muscular. En un país en que hay muchos empleados y pocos trabajadores, tiene que suceder lo mismo que sucede en el cuerpo humano cuando prepondera el influjo del sistema nervioso y no está contrabalanceado por el de los músculos. Yo me valgo de estas palabras y uso de tales metáforas, porque me duele tratar directamente y llamar por sus propios nombres cosas que son para nosotros tan poco gloriosas. Nuestra posición bajo este aspecto es triste, tristísima. Ya sabéis que entre los extranjeros estaba muy extendida la idea de que nuestra nación en los tiempos antiguos era una nación de frailes y de mendigos; y yo temo que los críticos que tan desapiadadamente nos tratan, cambien nuevamente la fórmula y digan que somos una nación de mendigos y empleados. Y cuidado, que yo tengo para esto una autoridad semiolical que no podesis rechazar. Aquí se ha dicho seriamente que el presupuesto español debe considerarse como el suplemento de la ley de pobres. ¿Puede darse una crítica más acerba del mal señalado por mí, que esas palabras que aquí se han pronunciado?

Pues si esto es gravísimo, bien merece la pena de que todo prudente legislador ponga en ello su atención y se aplique a remediarlo. El remedio en teoría es sencillo: consiste para y simplemente en hacer catalanes a todos los españoles; es decir, que se haga lo necesario para que en todas las provincias haya ese amor al trabajo, esa laboriosidad ese espíritu de actividad que hay naturalmente entre aquellos.

El mal, señores, es gravísimo, y a mí entender su causa principal está en la exageración de la vida burocrática, que hace que nadie se crea aquí en su lugar, si no se sigue lo que se llama una carrera. Proviene natural y forzosamente de la exaltación continua que producen en todas las clases sociales las colocaciones más ó menos elevadas y

cómodas, producidas principalmente por el favoritismo que se deriva del movimiento de nuestro burocratismo parlamentario tal como le tiene constituido la viciosa organización que censuro.

No quiero seguir con la enumeración de todos nuestros males, porque sería una cosa enojosa y prolija. Creo, por último, que el mayor de todos, y que hasta cierto punto los resume, es lo que podríamos llamar el personalismo, que en mi concepto es a las naciones lo que la inbecilidad respecto de los individuos. Cuando perdiéndose la vida de la razón, el hombre queda reducido a la vida brutal de sus órganos, creo que se halle en el mismo caso que los pueblos que perdiendo por decirlo así la vida de la inteligencia, no tienen más que la vida personalizada de sus intereses materiales. Pues este tristísimo fenómeno del personalismo lo veréis dominar en todas partes, lo mismo en grande que en pequeña escala, siendo objeto de profundo dolor para todos los hombres de un sincero patriotismo. Preciso es también reconocer que este es un mal de origen español, máj que no es solamente de estos tiempos, sino que se manifiesta por desgracia en las diferentes épocas de la vida de este país. Sin duda está en nuestro carácter, y por lo mismo debe ser más poderosamente combatido: somos un pueblo de imaginación y de sentimiento; la razón no domina en nosotros tanto como debería, y de aquí que la pasión sea la que prevalezca generalmente en todas nuestras cosas.

Esto es tan cierto, señores, que fijándome en una sola clase de la sociedad, puedo presentaros en ella perfectamente representado este fenómeno. Los propietarios de hoy se parecen bajo este aspecto a los aborígenes del país; son verdaderos nietos de sus abuelos. Los propietarios del reinado de don Isabel II son exactamente los mismos por sus afecciones personales que los aborígenes de los tiempos fabulosos del Rey Argantoni. En todas partes estaban en el sentido político menos donde debían estar: unas veces con los Scipiones, otras con los Barcas, ya defendiendo la causa de los romanos, ya la de los cartagineses, y nunca defendiendo la causa que debían defender, la causa española. Los propietarios de hoy hacen exactamente lo mismo: unos son unionistas, otros moderados, otros progresistas; no tienen el espíritu que corresponde a su clase; no saben ocupar el alto puesto que les ha señalado la Providencia; no tienen ni aun siquiera el cálculo de sus intereses ni el sentimiento de las elevadas aspiraciones a que debiera empujarlos su propia dignidad.

Os dicen que no podesis gobernar, que necesitáis de la dirección de los burocratas entendidos. En esto yo no opino así. Me parece que las cuestiones de Estado ó de Gobierno no son tanto cuestiones de ciencia, como cuestiones de buena fé, de buen sentido, de buena voluntad.

El día que queráis podesis gobernar; el día que queráis podesis imprimir a la gobernación del Estado el sello de los intereses públicos, sirviendo también legítimamente los vuestros: para eso no necesitáis más que querer. Yo os invito a que empujéis a la sociedad por ese camino, a que os unais para llevar a cabo esa noble empresa. A mi entender se acerca el día de la liquidación. El burocratismo ha cometido muchas faltas, principalmente en el orden económico. Las cosas están en tal estado, que yo creo imposible que sigan así. Ha llegado el momento (y esta es la última palabra de mi discurso) en que comprendiendo todas las necesidades sociales marchemos al fin por todos los medios posibles. Uno de ellos es la ley que os presentamos. Yo no sé cómo la comprenderá el señor Nocedal; pero como quiera que la comprenda, ella tiende a desterrar de aquí el burocratismo y llevarle adonde debe estar: es decir, a las oficinas y no en el Parlamento; secundando la marcha que le trace el espíritu de los Cuerpos colegisladores, obedeciendo los preceptos que le imponga el Gobierno; pero de ninguna manera teniendo una influencia y una intervención que no le corresponde.

Yo os aconsejo, pues, señores, que marchéis por este camino. Si queréis una fórmula, ya os la he dado: la burocracia en las oficinas, no en el Parlamento. Si queréis una imagen os la daré también. Yo creo que de tantas caricaturas como se dirigen contra las personas, lo cual no es justo, pudieran dirigirse esos escritores de ingenio algunas contra el perversamiento de las instituciones, que pudieran ser legítimas, y además de legítimas artísticas. A mi entender no se necesita más que producir el grupo de Laocote con algunas modificaciones, presentando en lugar de Laocote y sus hijos a la pobre España con sus hijas naturales la agricultura y la industria, enlazadas por tres serpientes, símbolos respectivos de tres perversamientos sociales: el burocratismo, el militarismo y las clases pasivas. No digo más.

El Sr. NOCEDAL: Es el Sr. Escosura uno de los hombres de más claro entendimiento y de más fácil y elegante palabra, que no sólo ahora, sino en anteriores legislaturas, han entrado por estas puertas; no tiene, pues, aplicación a S. S. lo que voy a decir en este instante para comenzar la contestación que voy a darle, y tiene sólo aplicación a la situación en que S. S. se encuentra, porque no hay talento, por grande que sea, ni palabra por clara y elegante, que sirva para defender desesperadas causas.

Había, señores diputados, en la época que se llama del absolutismo en tiempo de Fernando VII, un pobre actor que andaba de provincia en provincia, y de teatro en teatro, oyendo siempre silbidos horribles; pero tan pronto como la tempestad estallaba sobre su cabeza, adelantándose al proscenio; gritaba: ¡viva el Rey absoluto! y el público entonces, en vez de silbar aplaudía, porque el que no lo hiciera creía exponerse a que le llamaran negro, y desde allí hubiera podido ir a la cárcel.

Esto me recuerda el Sr. Escosura, que cuando no tiene otras razones que dar, se le ocurre decir: «guarda, señores, que el Sr. Nocedal propone esta ley; guarda, que el Sr. Nocedal es anti-parlamentario y antiburócrata; que es lo mismo que gritar al público: ¡viva el Rey absoluto! para que en lugar de silbar aplauda. Pero, señores diputados, no es esto lo que se discute. Si hubiera sido posible, en aquel público se hubiera levantado algún espectador sensato que hubiera podido decir al desventurado cómico: aquí no se discute el absolutismo ni la libertad; ahora lo que tratamos de averiguar es si se representan bien, ó mal los papeles de las comedias.

Pues de la misma manera digo yo ahora: no discutimos el sistema parlamentario, ni el liberal, ni el absoluto; ahora lo que discutimos lisa y llanamente es si dentro del Congreso debe haber funcionarios públicos, ó si los empleados deben estar en sus oficinas cumpliendo con su deber.

¿No habéis visto, señores, cuán débiles han sido las razones que ha expuesto el Sr. Escosura, el hombre de claro talento, el orador de fácil palabra, contra mi proyecto de ley? ¿No habéis observado que si nos proponíamos contestarle de una manera profunda y filosófica, no podíamos hacerlo porque han faltado estas condiciones al discurso del Sr. Escosura, a quien se puede decir sin temor de ofenderle, porque bien sabé S. S. y todo el Congreso que solo le pasa eso cuando defiende causas por todo extremo desesperadas? ¿Si no me parecía hoy siquiera aquel antiguo orador a quien tengo costumbre de escuchar! ¿Si no me parecía hoy siquiera tan fácil y tan elegante su palabra como tenía costumbre de llegar a mis oídos! ¿Si no me parecía hoy siquiera aquel maestro del cual yo he aprendido, porque aunque no muchos tiene más años que yo: aquel maestro de quien todos hemos aprendido! aquel atleta fuerte y vigoroso que le hacía a uno probar bien el temple de sus armas antes de cruzarlas con las de S. S. ¡Y todo esto ¿por qué? Por el empeño de sustentar una

causa mala, y fundado solo en que el Sr. Nocedal que proponía la cuestión es antiparlamentario y antiliberal.

Yo no niego nada de eso; yo me he entregado a la defensa en este punto a vuestra consideración; todo eso lo he dicho yo franca y paladinamente en más de una ocasión; pero no se trata ahora de eso; ahora se trata, señores diputados, de un proyecto de ley que podemos votar todos, los llamados retrógrados desde vuestro punto de vista, lo mismo que vosotros, los que os llamáis liberales. Cuanto más liberales más fácilmente lo podréis votar con toda conciencia, piense lo que piense y diga lo que quiera en contra mi amigo el Sr. Escosura.

No; no es cuestión hoy de liberalismo ni de parlamentarismo; es una cuestión práctica, sencilla, en que importa averiguar si el acierto y la independencia que se debe buscar en el legislador, si el orden, el método, la subordinación, la disciplina y el principio de autoridad que se debe buscar en las dependencias del Gobierno, se aseguran mejor con la incompatibilidad absoluta o con la completa compatibilidad, o con el sistema misto que defiende la comisión. Para examinar esta cuestión, no hay que apelar a las pasiones; yo protesto que no he de apelar a ellas en el día de hoy; no hay que apelar a las pasiones; no hay que apelar a las recriminaciones de partido; no hay que apelar a exageraciones de ninguna especie, ni siquiera a las consideraciones que establece la vida de los partidos, porque se puede pensar en este punto de la misma manera profesando en lo demás opiniones muy distintas.

Tranquilizaos, señores diputados; podréis votar mi proyecto sin poneros en contradicción con vosotros mismos; tranquilizaos; hay hombres muy liberales, más liberales que vosotros, más liberales que todos los que yo veo sentados en este recinto, que sostienen y han sostenido constantemente en España, en Francia y en toda Europa lo mismo que yo sostengo hoy en mi proyecto de ley.

También se pueden tranquilizar los que, como el Sr. Ballester, creen que el espíritu que domina en este proyecto de ley es bueno y satisfactorio, pero que en algunos de sus detalles ó de sus artículos merecería corrección ó enmienda. Tened bien en cuenta esto: no caligais en un lazo que se tiene constantemente en los Cuerpos deliberantes a los que no son expertos en estas lides. Cuando se vota nominalmente, ó por el método ordinario un voto particular, se vota el pensamiento general que preside al proyecto, no cada uno de los artículos de que se compone. Cuando, terminado mi discurso, se os presente si tomáis ó no en consideración el voto particular que hoy os proponemos el Sr. Cláros y yo, no se os propone la aprobación del art. 3.º, que no gusta al Sr. Ballester, ni la aprobación del 4.º, que tampoco agrada a otros señores diputados; no se vota nada de eso; se vota pura y simplemente lo siguiente: ¿qué os parece mejor, el principio de incompatibilidad absoluta, el de compatibilidad absoluta, ó un sistema misto? Después vienen los detalles, los pormenores, el desenvolvimiento en los artículos.

Esto lo votareis más tarde; votareis más tarde parte por parte, detalle por detalle, pensamiento por pensamiento. Mañana entraremos en estos pormenores, y resultará que muchos votarán en contra del art. 3.º y darán su aprobación al 4.º, así como muchos votarán contra este artículo y darán su aprobación al 5.º.

Esta es la verdad; esto es lo que acontece, y os recomiendo que lo tengáis presente y no seáis víctimas de una alucinación que os conduzca a votar contra vuestro pensamiento; si hay algún detalle en el proyecto que no sea de vuestro agrado, no por eso dejéis de votar el pensamiento.

Señores: mi proposición de ley, convertida en el seno de la comisión en voto particular, ha sido perfectamente defendida en la Asamblea. Los señores Ballester y Cláros han presentado las razones en que se apoya la incompatibilidad absoluta de una manera tan satisfactoria, que me ahorran la mayor parte del trabajo. Gracias les doy por haber quitado esta pesadumbre de mis débiles hombros; ha sido tan completa la defensa, que si yo la quisiera hacer no haría otra cosa que repetir los mismos razonamientos de SS. SS. Por lo tanto solamente me es dado contestar a los argumentos que en contra de mi proyecto se han presentado en estos días.

La manifestación, digámoslo así, filosófica del pensamiento, no cabe hacerse mejor que la han hecho los Sres. Vallerster y Cláros; doy gracias yo, autor primitivo del proyecto de ley en esta legislatura, que no es sino una reproducción fiel y completa de la que en unión con mi digno amigo el Sr. Aparisi presénte el año pasado, que ha de servir de borrador para presentarlo en las próximas Cortes, hasta que al cabo se vote, que al cabo se votará.

La razón con que ayer se inauguró el debate es de tal especie, que apenas merece los honores de la discusión, y sin embargo, hoy la ha repetido mi amigo el Sr. Escosura.

El proyecto de ley presentado por el Sr. Nocedal, decía, limita el derecho de los electores y reduce a la condición de seres privilegiados, pero con odioso privilegio, a una gran parte de la sociedad española, a una clase que es útil, que es honrada. ¿Cómo el Sr. Romero Robledo al producir por primera vez estos argumentos, y al repetirlos hoy el señor Escosura, no encuentran que son de los que se llaman *contraproducentes*, y que por probar mucho no prueban nada? ¡Ah! ¿Con que si por motivos que la ley tiene en cuenta no participan de los derechos políticos todos los españoles, podrá decirse que son párias? Pues qué, ¿en España son párias todos los que no pagan contribución? ¿Pagan menos de 200 rs. y tienen voto para elegir los diputados á Cortes? Entonces sacad la consecuencia, apelad al sufragio universal. Este argumento es falso y cae por el suelo sin más esfuerzo que un soplo, porque su cimiento es deleznable. ¿Cómo? ¿Son párias todos los que no pueden ser diputados?

Pues hasta hace pocos meses sólo podían ser diputados los que pagaban 1.000 rs. de contribución al año, y hoy mismo que está derogado el sistema electoral anterior, no pueden ser diputados los que no pagan alguna contribución. De manera que en el concepto de la mayoría de la comisión están incluidos en la condición de párias, en la condición de seres degradados, los que no pagan contribución. Este, como he dicho, es un argumento *contraproducente*. No, señores: es por consideraciones de otro género; es por razones de más alta importancia que no afectan en nada al carácter de la clase de empleados, por lo que se creen obligados los legisladores de un modo permanente ó transitorio á establecer excepciones en el uso ó ejercicio de su derecho. ¿No dice la Constitución que para ser diputado se necesita ser español del estado seglar? ¿Es esto por ventura decir que son reprobos todos los que no pertenecen al estado seglar? Pues qué, el día que establezca la ley que no serán diputados los empleados, ¿podrá decirse que los empleados son reprobos? ¿De ninguna manera; el argumento pues no vale absolutamente nada, permitiendo que se lo diga estos dos dignísimos señores de la comisión, con cuya amistad me honro, con cuyos talentos está honrada la Cámara. El argumento, repito, no vale nada; el argumento es *contraproducente* como antes dije, es de tal solidez que en el momento que se le sopla cae al suelo.

Pues este argumento se ha usado para herir el amor propio de los empleados, para lanzarlos en masa contra mi proyecto de ley, y para hacerles antipático ese pensamiento; pero no; esos mismos empleados no podrán menos de comprender que mi proyecto de ley no tiene ese objeto, que mi proyecto les considera no sólo útiles, sino esencialmente productores, y que tiene por objeto que sean todavía más útiles y más productores. Ya ha caído por el suelo la idea de que sólo son clases productoras las que se dedican al cultivo de la tierra,

ya, y también la que daba esta calificación a la agricultura, a las industrias y al comercio, con exclusión de las demás. Productoras son también las clases que aumentan los bienes materiales y morales de la patria; productoras las que aseguran el orden público en todas sus esferas. Es una clase esencialmente productora el ejército, que no sólo asegura el orden público, sino que defiende la integridad y la independencia de la patria; es una clase esencialmente productora el Clero, que dirige la educación moral del pueblo y sirve para la salvación de las almas; es una clase productora la de empleados, que estando al frente de los intereses de la administración, influye, no ya indirecta, sino directamente, en el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio. Pero cabalmente por eso, precisamente para que sirvan para eso es para lo que nosotros decimos que es absolutamente indispensable que el empleado se consagre al empleo, que pase su vida en la oficina, lejos de las pasiones políticas, sirviendo a su patria, que es una de las cosas más nobles que puede hacer.

Pues qué, solamente se sirve a la patria en este sitio? Qué, solamente se es útil a la nación viniendo al Congreso? El magistrado recto que administra justicia y persigue los delitos, el soldado, el empleado que consagra la vida a la modesta esfera de la administración, y hace fácil y expedita la acción del Gobierno, ¿no es un hombre apreciable y digno de todo género de consideraciones? ¿No dice la Constitución que no pueden votar en las elecciones de diputados más que ciertas clases que tienen ciertas condiciones? ¿No dice que sólo pueden venir aquí los que paguen contribución? Y ¿se creen por esto rebajados los que no son electores ni pueden ser diputados? No, señores; hay razones de diversa índole que en nada afectan a la probidad, por las cuales es conveniente que los empleados no estén aquí, sino en las oficinas ó en sus respectivos puestos.

Preguntaba no hace un cuarto de hora mi digno amigo Sr. Escosura: ¿sabe el Sr. Nocedal a dónde irán los empleados cuando no puedan venir al Congreso? No hay remedio: habrán de irse a la prensa, habrán de irse a predicar en los casinos y las calles; y si no ¿a dónde irán? Que nos lo diga el Sr. Nocedal.

Que vayan a su oficina: esa es la única respuesta que tengo que darle; que vayan a su oficina, pues que allí sirven a su patria noble y honrosa, pues que vayan a sus puestos; si, que no tomen parte en estas luchas ardientes de la política que todo lo vician, que todo lo corrompen; en estas luchas que inspiran cierto espíritu de malignidad hasta a las almas más elevadas como la del Sr. Escosura; que no vengan aquí a respirar esta atmósfera de malevolencia de que participan nuestras luchas políticas, luchas ardientes y apasionadas en que las más de las veces se antepone las inspiraciones del amor propio a las del bien público.

Que el proyecto, ha dicho la comisión, tiene por base la desconfianza en los empleados, no; eso no es exacto por más que lo haya dicho el Sr. Romero Robledo, uno de los mozos de más entendimiento y mayores esperanzas que en estos bancos se sientan. Mi proyecto revela desconfianza, cierto; pero no de los empleados, sino del corazón humano, contra cuyos desfallos y aberraciones y caídas es menester precaverse, y contra las cuales todas las precauciones son escasas. Desconfianza de los empleados, temor a los empleados, decía el señor Romero Robledo. Pues señores, valga la verdad: más temor que a los empleados tengo a los aspirantes; los ambiciosos que aspiran a los destinos públicos producen en las Asambleas perturbaciones más graves y trascendentes que los que ya desempeñan los destinos de la administración pública; y como no hay otro medio de cortar estas ambiciones febriles y perturbadoras que el de cerrar la puerta del Congreso a los funcionarios del Gobierno, por eso cabalmente os recomiendo que aprobeiis mi voto particular.

Voy a exponeros un cuadro trazado con rasgos elocuentes de lo que en los Parlamentos de Europa suele acontecer; ese cuadro que voy a permitir que leáis está hecho por uno de los hombres más liberales de la Europa moderna, y dice así:

«Estos aspirantes están arrastrados a hacer al Gabinete, sea el que fuere, una guerra incansable, feroz, sin utilidad ninguna para el país; explotan los sucesos, falsean las cuestiones, extravían el espíritu público, detienen el curso de los negocios; en fin, turban el mundo, porque sólo tienen hijo un pensamiento: derribar a los ministros para poner en lugar de los favorecidos de hoy. Para negar esta verdad sería necesario rechazar voluntariamente las enseñanzas de nuestra historia constitucional toda entera. La oposición, tal como es hoy, resultado infalible de la admisión de los diputados a los empleos y al poder, es el esfuerzo desordenado de las ambiciones. Ataca violentamente a las personas, y floja y débilmente los abusos; porque las personas le estorban, mientras que los abusos constituyen la mayor parte de la rica herencia a que aspiran y que piensan recoger.»

¡Ah, señores diputados! Llegó aquí un hombre más ó menos joven, pero siempre joven por regla general cuando viene por la primera vez, y al momento hay una voz que le grita incesantemente al oído, como al personaje famoso de una preciosa comedia de mi inolvidable amigo el duque de Rivas: «ya eres diputado, pero en el mundo hay más que ser: tú soñaste con sueños de gloria para ti, y de esplendor y felicidad para tu patria; mira, préstate a las miras del Gobierno, y encontrarás satisfecha tu ambición. Si el Gobierno está medio caído; si lleva ya muchos meses de encontrarse en este sitio; si por los esfuerzos combinados de sus adversarios está próximo a desaparecer, apúlate al jefe de la oposición, y el llegará a ser ministro, y lo premiará, y será influente, y quizá compartirás el poder.» ¿Qué ha de hacer el joven? No hablo ahora de España, sino de toda Europa. ¿Qué ha de hacer ese joven? Oír la voz del diablo tentador, que le habla al oído, oír la voz del diablo tentador, y apegarse a la suerte del ministerio ó del jefe de la oposición.

A veces le ocurre decir al joven que todavía no pinta canas y que tiene cierta virginidad en su alma, aquella virginidad que suelen tener los que vienen a este sitio por primera vez: «es que no todo lo que el Gobierno propone ó el jefe de la oposición predica, lo creo yo conveniente para mi país.» Pero al momento aquella voz poderosa le dice: «eso no importa; haz el camino; sigue al jefe de esta ó de la otra bandería; sacrifica esas cuestiones de detalle, y ahoga la voz de tu conciencia; y el día de mañana, cuando ya seas hombre y estés quizás en el banco de los ministros de la Corona rigiendo los destinos del país, te arrepientas y te enmiendes de cualquier pecadillo que hayas podido cometer en el curso de tu vida parlamentaria.»

¿No habéis oído hablar del famoso ministro Peel? Pues pasó parte de su vida diciendo en el Parlamento lo contrario de lo que luego practicó en el poder. Ahora se juzgan iguales a Peel todos esos jóvenes, y andan y siguen en su camino, nunca mirando atrás, hijos de los ojos en lo presente y lo porvenir, apegados a la suerte de los Gobiernos ó de los jefes de su oposición, desoyendo la voz de la conciencia, hasta que llegan a realizar los planes de ambición y de poder que soñaban al amor de la lumbre en su pueblo, ó tal vez en el regazo de su madre. ¿Sabeis pues lo que acontece cuando se reúnen en un Congreso varios hombres que han oído la voz seductora del diablo tentador? Pues resulta un cuadro que también voy a leer.

Entonces, y esto es infalible, comienza el laberinto de recíprocas acusaciones, los inauditos esfuerzos por poner de su parte la fuerza de una efímera popularidad, la manifestación fastuosa de principios irrealizables cuando se ataca en la oposición, y de concesiones abyectas cuando se defiende el poder; todo se vuelve lazos y emboscadas, minas y contraminas; líganse entonces los elementos heterogéneos, y se disuelven las alianzas más naturales.

Esto se aplica a la Francia por supuesto, porque franceses es el cuadro que estoy leyendo, y escrito en 1846. Continúa: «Se comercia, se estipula, se vende, se compra. Una vez el espíritu de partido forma una coalición monstruosa; otras la subterránea habilidad del ministerio hace que aborte. Todo acontecimiento que el tiempo origine, aunque traiga en sus alas una catástrofe general, es siempre saludado con gozo por los sitiadores, porque presenta terreno propio para apoyar las escalas de abordaje. El interés público, el bien general, son palabras, pretextos, medios; lo esencial es hacer salir de una cuestión cualquiera la fuerza que ayude a un partido a derribar el ministerio.»

Desde que el recinto destinado a la discusión de las leyes se ha convertido en campo de batalla, la suerte del país, la paz y la guerra, la justicia y la iniquidad, el orden y la anarquía, no entran para nada en cuenta; son instrumentos del combate que se toman ó se dejan según las exigencias. ¿Qué importa que a cada peripécia de esta lucha umbría se deje sentir una fuerte conmoción en todo el país? Apenas apaciguada, comienza con mayor encarnizamiento la pelea, sin más diferencia que haber cambiado de posiciones los ejércitos beligerantes. ¿Cuál es el resultado de esto? El siguiente: que el Gobierno y la Cámara cambian de papales. ¿Queréis dejarme disponer de todos los empleos? dicen los diputados. ¿Queréis dejarme decidir de las leyes y del presupuesto? responden los ministros. Cada cual abandona el oficio de que es responsable, para tomar el que no le incumba. Ahora bien; decidme: ¿es esto el Gobierno representativo?

¡Ah! Si esto fuera el Gobierno representativo, vosotros que todos tenéis un alma elevada, que sois todos mejores que yo, renegaríais de él inmediatamente. No, eso no es, eso no puede ser el Gobierno representativo; más para que no degeneren en tan repugnante cuadro el Gobierno representativo necesita el fuerte correctivo de que no entren en este Cuerpo ni los empleados ni los aspirantes, ni la voz del mágico poderoso, ni la del diablo tentador de la ambición.

Pero no será esta sola la perturbación; la perturbación correrá otro trámite quizás más perjudicial. ¿Cuál será esta otra perturbación? Ya está rasgando a vuestros labios la perturbación electoral. Cuando haya la sospecha de que para hacer fortuna, cierta clase de fortuna, de que para hacer carrera se pide al elector su voto, empezará este por exigir que se le ayude a hacer la suya. Me pides el voto, dirá, para alcanzar lo que tú propones? Pues empieza por satisfacer mis deseos; y he aquí ya la perturbación llevada desde este sitio hasta el último rincón de una aldea.... Me dice aquí un compañero que pertenece a la mayoría, que lo mismo podrían si no tuvieran esa sospecha de que los diputados vienen a hacer su carrera.

Está en un error mi digno y estimable compañero. Yo le explicaré en qué consiste ese error. Cuando se trata de un propietario independiente que no quiere ser empleado ni aspira a eso ni al poder, cuando rigen una Constitución y unas leyes según las cuales es imposible hacer aquí carrera, las peticiones serán en bien del pueblo en general, tal como la de que se haga un camino, un puente ó se reedifique una iglesia, no la de que se nombre estancadero al hijo del escribano, ó administrador de rentas al hijo del elector influente.

Decía ayer también el Sr. Romero Robledo: «¿No hemos visto a los empleados sin girar como satélites alrededor del astro del poder? Cabalmente los funcionarios públicos son los que han dado más pruebas de independencia, arrojando sus destinos para venir aquí a combatir a los Gobiernos en el campo de la legalidad.»

Pues en eso cabalmente consiste la necesidad de apartar a los empleados de este sitio. ¿Qué va ganando el país con esas muestras de independencia de que nos hablaba el Sr. Romero Robledo? ¿Qué va ganando el país con que un director ó un subsecretario ó un funcionario de otra clase se vea obligado por honradez, por probidad, por gratitud, por decencia, a dimitir su puesto cuando comience a ver el modo de llenar bien ese puesto? ¿Qué va ganando el país con esas pruebas de honradez, de lealtad política, de gratitud y de forzada consecuencia, sino el que cada año se vayan los directores y todos los altos funcionarios de la administración del Estado?

Porque ello es cierto: mientras los empleados salgan de aquí y vuelvan aquí, lo honrado, lo noble, lo decente es apresurarse a hacer la dimisión de sus destinos cuando hacen la oposición al Gobierno; pero por lo mismo es lo discreto, lo prudente, lo sabio no obligar a los empleados a que presenten esos ejemplos de consecuencia política que tienen a la administración en constante aprendizaje.

Una buena ley de empleados no se hace escribiéndola un día en la Gaceta. Dijo muy bien el señor Romero Robledo. Una buena ley de empleados ha de estar en las costumbres, en la conciencia pública; es menester que caiga un anatema de universal reprobación sobre el Gobierno que a su entrada en el poder haga una de esas *razas* de empleados, en virtud de las cuales desaparecen de sus puestos desde los subsecretarios y más altos consejeros hasta el último estancadero de la más escondida aldea.

Pero ¿sabeis el modo de que eso entre en las costumbres del país? ¿Sabeis el modo de que caiga un anatema de universal reprobación sobre los Gobiernos que se atreven a hacer esas *razas* de empleados y continúan variaciones? Pues no hay otro modo más que el de separar la administración de la política, en cuanto sea posible, hacer esa separación en un país que está constituido como el nuestro.

A la hora en que hayan pasado años y años, y el país se acostumbre a no saber qué opiniones tienen sus empleados, lo cual no le importa nada al país; a la hora en que los subsecretarios, los directores, los consejeros de Estado, los consejeros provinciales y todos los empleados que sirvan en la administración sirvan sirviendo a los Gobiernos con lealtad y recta conciencia; cuando, cualquiera que sea el Gobierno que mande, no se les moleste ni se les ponga en el caso de apoyar ó condenar a los que son sus jefes; a la hora en que esto suceda, el país se acostumbrará a ver como una iniquidad el acto de separar a un empleado que cumple con su deber. Separar la administración de la política; separar a los empleados, de todos los empleados en masa, la obligación de que tengan una opinión política determinada, y el país entonces se acostumbrará a mirar como una iniquidad horrible la separación injustificada é injustificable de un empleado cualquiera. Pero mientras vengam aquí; mientras den aquí su voto; mientras estén afilados en eso ó en el otro partido; mientras apoyen al Gobierno ó estén en la oposición, el Gobierno con cierta apariencia de derecho y los empleados con el esplendor de una especie de grandísima decencia y probidad, unas veces quedarán cesantes y otras harán ellos dimisión. Y ¿cuáles serán los funcionarios públicos para que haya una buena ley de empleados, y que nunca tendremos una administración que llene los deseos del Gobierno y satisfaga las necesidades del pueblo español.

Pero esto, decía ayer el Sr. Cuesta, y ha repetido hoy el Sr. Escosura, pero esto no se hace en Inglaterra, país clásico del parlamentarismo, país modelo de libertades públicas en Europa.

En primer lugar, se emplean, se aplican y se usan mal los ejemplos de Inglaterra. El principio cardinal de los ingleses, aquel al cual debemos dirigir nuestra atención, el que debe servirnos de ejemplo y modelo, no consiste en estas ó las otras instituciones, en estas ó las otras prácticas parlamentarias ó administrativas; no consiste en el respeto profundo, idolátrico, de las tradiciones de sus padres, de sus abuelos, de sus antepasados.

Haced vosotros lo mismo é imitaréis a los ingleses. Hay dos imitaciones: la una, digámoslo así, formal y accidental, la de los monjes; y otra sustancial y fundamental, la de los hombres. Lo que hay que imitar sustancial y fundamentalmente de los ingleses, es aquel respeto tradicional a las instituciones españolas, por las cuales paso yo, aunque tengan muchos inconvenientes, por no hacer innovaciones que no sean absolutamente indispensables. Esto es lo que debemos imitar de los ingleses.

Descendiendo al caso especial de que se trata y sobre el que se discute, veamos hasta qué punto es aplicable el ejemplo de Inglaterra.

Señores: en Inglaterra, hoy mismo lo ha dicho el Sr. Escosura, lo ha dicho con su acostumbrada gracia, y lo ha dicho de manera que no podría yo copiar ni bien ni mal, en Inglaterra los hombres llegan a la política cuando ya son ricos, es decir, he aquí la historia de un joven en Inglaterra. Si nace en el seno de una familia rica, opulenta, ó bien acomodada, se lanza en seguida a la política en alas de su patrimonio, en alas del dinero de sus padres; pero si pertenece a la clase media, a una clase industrial, a una de esas clases que viven de su profesión y de su trabajo, lo primero que procura, lo primero en que piensa es en asegurar su modo futuro de vivir y los medios de mantener a su familia, y cuando ya lo tiene asegurado se lanza a la política. ¿Sucede esto en España, sucede en Francia, sucede en país alguno del continente? Pues hasta que esto suceda, que no traiga el Sr. Escosura ejemplo alguno de Inglaterra.

Con esto basta para que el tal ejemplo inglés no sea digno de tomarse en cuenta para impugnar mi voto particular.

Pero es más. ¿Cuál es la organización administrativa de los ingleses y cual es la organización administrativa de los países continentales que se rigen por el sistema constitucional y representativo? ¿En qué se separan, en qué difieren? Señores diputados: lo sabéis mejor que yo; soy todos más instruido que yo; pero hace falta recordarlo en este momento, para que sirva de base al razonamiento.

Al frente de un condado inglés hay un lord lugar-teniente nombrado de por vida por la Corona, que pertenece a una de las familias más ricas del país. Al lado de ese lugar-teniente de por vida y gratuito que reemplaza en la tradición y vieja Inglaterra al conde militar de la edad media, hay un sheriff, funcionario gratuito lo mismo que el lugar-teniente, que es una especie de jefe de la administración del condado. El lord lugar-teniente manda en interés del orden público, que los ingleses con su modo gráfico de hablar en las cosas políticas llaman *la paz del Rey*, ahora *la paz de la Reina*, las fuerzas de voluntarios que hay dentro del condado. El sheriff es el jefe de toda la administración, no solo en el sentido propiamente dicho como lo empleamos los españoles tomándolo de los franceses, sino también de la administración de justicia. Y después hay en todo el condado una vasta red de funcionarios, todos ellos gratuitos, que se llaman, traducido su título al castellano, *juices de paz*, los cuales, como os acabo de decir, son todos gratuitos y todos propietarios territoriales, y todos ellos son vitales, porque solo se les separa por causa de indignidad personal, lo cual acontece rarísima vez, y presiden a la administración en todos sus ramos y dependencias. Al lado de esto, pero solo en las ciudades principales, hay una municipalidad con un consejo, con sus *aldermen*, y un *maire*.

Señores diputados: ¿en qué se parece esto a esta máquina vasta, complicada, de funcionarios administrativos retribuidos, que hemos tomado de Francia, y porque nos gobernamos en España desde que nos regimos por el sistema representativo? ¿En qué se parece el sistema inglés a este régimen, que en este momento no crítico ni censuro, sino que expongo, en qué se parece un régimen a otro? ¿No comprendéis que en Inglaterra, de resultados de esta organización administrativa que os acabo de exponer sencillamente, que todos sabéis mejor que yo, que lo sabe todo el mundo, no participa la administración de las luchas políticas de la tribuna? Allí el diputado es el instrumento representativo de la nación, que acude no solamente a la confección de las leyes, sino también a la solución de las cuestiones políticas; y cuando la Cámara, compuesta de esos instrumentos nacionales que acuden a esas dos cosas, a la confección de las leyes y a la solución de las cuestiones políticas, derriba un ministerio, en nada, absolutamente en nada se quebranta ni se puede quebrantar la organización administrativa del condado ni de las dependencias administrativas de que se compone el reino unido de la Gran Bretaña.

Pues aquí, es decir, en Francia, yo quiero seguir hablando de Francia, porque más vale hacer los experimentos en cuerpo ajeno que en el propio; ¿qué sucede, y lo puedo decir con más libertad porque ya no sucede; qué sucede, es cosa que pertenece a la historia, qué sucedía con el régimen parlamentario? ¿Qué sucedía en todas las naciones continentales que han tomado el régimen parlamentario de Inglaterra sin saber lo que tomaban, tomando lo que era formal y no tomando lo que era sustancial y fundamental? ¿Qué sucedió? Que es, y no puede menos de ser dispensador de todas las gracias y de todos los beneficios el ministro de la Corona. Sucede que el ministro de la Corona, cuanto más honrado es, cuanto más probo, cuanto más tiene en sus opiniones, más inclinado está a creer que él es el único capaz de salvar a su patria de los conflictos que puedan sobrevenir: como no puede gobernar sin tener mayoría, le es absolutamente indispensable por todos los medios posibles asegurarse esa mayoría en los Cuerpos colegisladores. ¿Cómo se aseguran las mayorías en este Cuerpo colegislador? Pues se aseguran hablando y tratando con los diputados. El diputado le contesta al ministro: todo esto está muy bueno, pero la influencia que Vd. quiere ejercer en el Congreso, es menester que yo la ejerza en la provincia ó en el distrito, según que las elecciones se hagan por provincias ó por distritos; porque si no, todo el sistema se queda en el aire, y es menester que yo sea en mi provincia el dispensador de todos los favores ministeriales desde el más alto, ó sea el de gobernador de la provincia, hasta el más bajo, ó sea el de estancadero de un pueblo: con esta condición podría ser ministerial; si no, no puedo serlo, porque concluida esta diputación, los electores me van a negar su voto, yo habré perdido toda la influencia que necesito para conservarlo, y en las próximas elecciones, Vd., señor ministro, se queda sin mi voto, porque yo me quedaré sin los votos de mis electores.

Y el ministro, cuanto más patriota es, cuanto más convencido está de su propia suficiencia, más decidido se halla a ser el salvador de su patria, y convierte al diputado en dispensador de todos los beneficios ministeriales; de manera que hay, después de la administración retribuida que existe en todos los países constitucionales del continente de Europa, hay un funcionario dispensador de todos los beneficios del Gobierno en su provincia y en su distrito, y en su pueblo; y una de dos: ó hace doblegar delante de él las cabezas de todos los funcionarios administrativos, ó hace que le toman odio y antipatía, sobre todo si son activos é independientes como yo, que soy retrógrado, quiero que sean todos los hombres: activos, independientes y nobles.

El Sr. PRESIDENTE: Si el Sr. Nocedal ha de prolongar su discurso, deseando el Gobierno hacerse cargo de un incidente ocurrido á primera hora, podrá quedar en el uso de la palabra para mañana.

El Sr. NOCEDAL: Yo preferiría acabar en el día de hoy, porque acabare pronto. Estoy sin embargo a las órdenes del Sr. Presidente.

El Sr. PRESIDENTE: Puede V. S. continuar.

El Sr. NOCEDAL: Así pues, considerado bien, señores diputados: yo soy quien honrada y noblemente me proclamo antiparlamentario; es cierto; pero vosotros podéis ser parlamentarios y aprobar mi proyecto; porque mi proyecto lo que viene a señalar es la bondad, la firmeza, la rectitud inequívoca de la administración, al mismo tiempo que a regularizar la vida constitucional de los Cuerpos colegisladores.

Pero dice el Sr. Escosura: ¿dónde irá entonces la Corona á buscar los ministros? Si el mismo señor Nocedal fuera mañana... ¿Dios nos libre! decía el Sr. Escosura: Dios me libre! repito yo sinceramente; si el mismo Sr. Nocedal fuera mañana llamado á formar un Gabinete, ¿adónde iría á buscar ministros, de quién echaría mano?

A mí se me figura que había pensado poco en esta pregunta el Sr. Escosura cuando en uso de su derecho y muy galantemente me la dirigía, porque todo lo más que puede suceder es que en las condiciones especiales en que se encuentra hoy España y otras naciones del continente, sea menester que haya uno ó dos ministros políticos, y esos podían muy bien sacarlos quien formara Gabinete de los Cuerpos colegisladores, sin necesidad de que fueran empleados; pero para las carteras especiales, para las carteras de Guerra, de Marina, de Hacienda, de Gracia y Justicia, ¿qué necesidad hay de sacar ministros del Parlamento? ¿Quiere encontrar un ministro de Gracia y Justicia el Sr. Escosura cuando forme Gabinete? Pues yo le diré que se dirija á la magistratura. ¿Quiere encontrar ministros de Marina? Pues que los busque, por regla general, entre los generales de este cuerpo benemérito. ¿Quiere encontrar ministros de la Guerra? Pues que los busque entre los generales del ejército español.

Esta teoría de que sólo se puede ser ministro de la Guerra, de que sólo se puede ser ministro de Marina, de que sólo se puede ser ministro de Hacienda, de que sólo se puede ser ministro de Fomento, de que sólo se puede ser ministro de Gracia y Justicia habiendo hecho aquí seis ó siete discursos más ó menos elocuentes, mejor ó peor hilvanados, es una teoría imposible de explicar á nadie, porque aplicada á otro país que no al nuestro, yo la declararía absurda.

Imitemos en lo fundamental á la Inglaterra, y sigamos las tradiciones de nuestros gloriosos antepasados. ¿Querían ellos en las Cortes empleados y funcionarios de la administración dependientes del Gobierno? No por cierto. Pero decía el señor Escosura: «ya, pero eso consistía en que en aquel tiempo no había ejércitos permanentes de reservas de que las guerras eran cortas.» En esto cometía un error histórico accidental y por distracción mi amigo el Sr. Escosura. No había ejércitos permanentes, no porque las guerras fueran cortas, que guerras como la que tuvimos con los moros que duró siete siglos, no conozco yo ninguna, y sitios como el que costó á los cristianos la reconquista de mi amadísima ciudad de Toledo que duró seis años, no recuerdo yo otro como no sea el de Troya.

Pero ello es que en aquel tiempo no es cierto, no es exacto, como yo he creído entender que aseguraba el Sr. Escosura, que en España gobernaban los señores feudales.... ¿Qué ha de ser exacto! El Sr. Escosura, entretenido, distraído, ocupado en escribir una elegante historia constitucional de Inglaterra, ha olvidado la historia constitucional de nuestra patria. Nuestra patria ha sido siempre una monarquía democrática; en nuestra patria ha sido siempre el auxiliar, el aliado, el defensor de las clases populares, el Rey; esto viene siempre en la historia de España, por lo menos que yo ahora recuerde, desde la regencia de doña María de Molina en la menor edad del Rey D. Fernando IV el Emplazado. De suerte que no era por esas causas que refería el Sr. Escosura por lo que no se admitía en las Cortes á los funcionarios del Gobierno. No sólo no se admitía á los funcionarios del Gobierno, sino que no se admitía á los dependientes de la Real Casa. ¿Por qué? Porque los procuradores de las villas y lugares querían guardar respeto y aun humildad delante de la Corona; pero al mismo tiempo querían conservar su independencia para cumplir con su deber.

Es verdad: no hacían más que peticiones nuestros progenitores; nuestros señores villas y lugares no hacían más que peticiones, señores diputados, mis estimables y queridos compañeros; pero ¿sabeis lo que se atrevían á pedir á la Corona? ¿Sabeis lo que se atrevían á decirle de vez en cuando? No gaste tanto V. A., que no están los pueblos en disposición de gastar tanto como quiere V. A. poner en su casa. Eso hacían los representantes de las villas y lugares, los modestos tejedores enviados por su regimiento que representaban real y verdaderamente los intereses de la patria. ¿Os parece que esto es para desalentarlo? ¿Os parece que esto no es para que en ellos nos ocupemos? Si por cierto; es para que de ellos tengamos tanto y tan legítimo orgullo como los ingleses ó como cualquiera otra nación del globo de sus antepasados y de las costumbres públicas de sus abuelos.

No, no es cierto que yo quiera volver á aquello en toda su plenitud, en toda su desnudez, en todo su complemento. Eso es imposible: yo no soy un insensato: el señor Escosura no me puede tener por un loco; no sería amigo mío, no me distinguiera con su amistad y con su trato si me tuviera por loco.

No quiero volver á lo antiguo; lo que quiero es que teniendo la vista puesta en lo porvenir y afianzando el pie en aquel cimiento sólido, estable, seguro, secular y respetable, marchemos á la conquista de futuras prosperidades y grandezas; quiero que arrancando de bases firmes y verdaderas, lleguemos á afianzar la gloria y el esplendor de nuestra patria. No es la forma de lo antiguo lo que quiero realizar. ¿Sabe el Sr. Escosura lo que quiero realizar? ¡Oh! Esto lo diré muy alto, aunque de ello se burlen los partidos; no quiero realizar la forma, sino el espíritu de lo antiguo, que era eminentemente religioso y eminentemente monárquico. He dicho.

pero vosotros podéis ser parlamentarios y aprobar mi proyecto; porque mi proyecto lo que viene a señalar es la bondad, la firmeza, la rectitud inequívoca de la administración, al mismo tiempo que a regularizar la vida constitucional de los Cuerpos colegisladores.

Pero dice el Sr. Escosura: ¿dónde irá entonces la Corona á buscar los ministros? Si el mismo señor Nocedal fuera mañana... ¿Dios nos libre! decía el Sr. Escosura: Dios me libre! repito yo sinceramente; si el mismo Sr. Nocedal fuera mañana llamado á formar un Gabinete, ¿adónde iría á buscar ministros, de quién echaría mano?

A mí se me figura que había pensado poco en esta pregunta el Sr. Escosura cuando en uso de su derecho y muy galantemente me la dirigía, porque todo lo más que puede suceder es que en las condiciones especiales en que se encuentra hoy España y otras naciones del continente, sea menester que haya uno ó dos ministros políticos, y esos podían muy bien sacarlos quien formara Gabinete de los Cuerpos colegisladores, sin necesidad de que fueran empleados; pero para las carteras especiales, para las carteras de Guerra, de Marina, de Hacienda, de Gracia y Justicia, ¿qué necesidad hay de sacar ministros del Parlamento? ¿Quiere encontrar un ministro de Gracia y Justicia el Sr. Escosura cuando forme Gabinete? Pues yo le diré que se dirija á la magistratura. ¿Quiere encontrar ministros de Marina? Pues que los busque, por regla general, entre los generales de este cuerpo benemérito. ¿Quiere encontrar ministros de la Guerra? Pues que los busque entre los generales del ejército español.

Esta teoría de que sólo se puede ser ministro de la Guerra, de que sólo se puede ser ministro de Marina, de que sólo se puede ser ministro de Hacienda, de que sólo se puede ser ministro de Fomento, de que sólo se puede ser ministro de Gracia y Justicia habiendo hecho aquí seis ó siete discursos más ó menos elocuentes, mejor ó peor hilvanados, es una teoría imposible de explicar á nadie, porque aplicada á otro país que no al nuestro, yo la declararía absurda.

Imitemos en lo fundamental á la Inglaterra, y sigamos las tradiciones de nuestros gloriosos antepasados. ¿Querían ellos en las Cortes empleados y funcionarios de la administración dependientes del Gobierno? No por cierto. Pero decía el señor Escosura: «ya, pero eso consistía en que en aquel tiempo no había ejércitos permanentes de reservas de que las guerras eran cortas.» En esto cometía un error histórico accidental y por distracción mi amigo el Sr. Escosura. No había ejércitos permanentes, no porque las guerras fueran cortas, que guerras como la que tuvimos con los moros que duró siete siglos, no conozco yo ninguna, y sitios como el que costó á los cristianos la reconquista de mi amadísima ciudad de Toledo que duró seis años, no recuerdo yo otro como no sea el de Troya.

Pero ello es que en aquel tiempo no es cierto, no es exacto, como yo he creído entender que aseguraba el Sr. Escosura, que en España gobernaban los señores feudales.... ¿Qué ha de ser exacto! El Sr. Escosura, entretenido, distraído, ocupado en escribir una elegante historia constitucional de Inglaterra, ha olvidado la historia constitucional de nuestra patria. Nuestra patria ha sido siempre una monarquía democrática; en nuestra patria ha sido siempre el auxiliar, el aliado, el defensor de las clases populares, el Rey; esto viene siempre en la historia de España, por lo menos que yo ahora recuerde, desde la regencia de doña María de Molina en la menor edad del Rey D. Fernando IV el Emplazado. De suerte que no era por esas causas que refería el Sr. Escosura por lo que no se admitía en las Cortes á los funcionarios del Gobierno. No sólo no se admitía á los funcionarios del Gobierno, sino que no se admitía á los dependientes de la Real Casa. ¿Por qué? Porque los procuradores de las villas y lugares querían guardar respeto y aun humildad delante de la Corona; pero al mismo tiempo querían conservar su independencia para cumplir con su deber.

Es verdad: no hacían más que peticiones nuestros progenitores; nuestros señores villas y lugares no hacían más que peticiones, señores diputados, mis estimables y queridos compañeros; pero ¿sabeis lo que se atrevían á pedir á la Corona? ¿Sabeis lo que se atrevían á decirle de vez en cuando? No gaste tanto V. A., que no están los pueblos en disposición de gastar tanto como quiere V. A. poner en su casa. Eso hacían los representantes de las villas y lugares, los modestos tejedores enviados por su regimiento que representaban real y verdaderamente los intereses de la patria. ¿Os parece que esto es para desalentarlo? ¿Os parece que esto no es para que en ellos nos ocupemos? Si por cierto; es para que de ellos tengamos tanto y tan legítimo orgullo como los ingleses ó como cualquiera otra nación del globo de sus antepasados y de las costumbres públicas de sus abuelos.

No, no es cierto que yo quiera volver á aquello en toda su plenitud, en toda su desnudez, en todo su complemento. Eso es imposible: yo no soy un insensato: el señor Escosura no me puede tener por un loco; no sería amigo mío, no me distinguiera con su amistad y con su trato si me tuviera por loco.

## CORTES.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIOS ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 21 de Marzo de 1866.

Abierta a las dos, se leyó el acta de la anterior y quedó aprobada.

Los Sres. Paz, Capdepon y Arenal presentaron exposiciones.

El Sr. REINA preguntó al ministro de Hacienda sobre ciertas destituciones de funcionarios públicos en la provincia de Zamora.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que lo pondría en conocimiento del Sr. REINA.

El Sr. REINA pidió al ministro de la GOBERNACION manifestase al de la Guerra su deseo de saber en qué situación se encontraba a los oficiales retirados durante el estado de sitio.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que satisfaría su deseo.

El Sr. CABANILLES preguntó al Gobierno su opinión sobre la validez que tienen ciertos títulos para probar la propiedad sobre terrenos de que quisiera apropiarse el Estado.

El señor ministro de la GOBERNACION manifestó que ciertos títulos que probaban la posesión por centenares de años en una familia, tenían a su juicio tanta fuerza para probar la propiedad como los mejores, y en tal caso se encontraban las peticiones de bienes que en algunas provincias se conservaban por regla general como único título de propiedad.

El Sr. FAGES preguntó al ministro de la GOBERNACION cuál era su opinión sobre la eficacia de los derechos que tenían los poseedores de fincas que fueron del Estado, pero que cuentan en su favor la prescripción.

El señor ministro de la GOBERNACION manifestó que en su concepto el Estado como propietario debía considerarse como cualquier otra corporación que tuviera propiedades y que contra él cabe la prescripción con los especiales requisitos que marca la ley.

El Sr. TORRECILLA: Me he aproximado al señor ministro de la GOBERNACION para preguntarle si había examinado el Real decreto de 6 de Julio del año último. No lo ha hecho, y suspendo mi pregunta, que iba a dirigirme, sobre si pueden venir ó no los expedientes que en ese decreto se marcan.

Deseo también explicaciones sobre un párrafo de un autorizado periódico en que se dice algo que debe ser erróneo. La *Epoca* de anoche publica lo siguiente:

«El señor ministro de Hacienda se ha acercado esta tarde privadamente al Sr. Moyano a rogarle, no en interés del Gobierno, sino en el del príncipio del Gobierno, que demore por unos días la pregunta que el señor diputado estaba dispuesto a hacer reclamando su pueria sobre la mesa ó se dieran explicaciones sobre el último contrato para anticipo de fondos hecho con casas extranjeras.»

El Sr. Moyano, a fuer de conservador, no podía menos de deferir a la sentida súplica del señor Alonso Martínez, si bien en interés de su propio decoro, exigió a su vez que le fuera permitido hacer pública la causa que tenía para aplazar su pregunta. El señor ministro de Hacienda no tuvo inconveniente en acceder a ello.

Como yo creo que en los sistemas representativos el principio de Gobierno de ninguna manera se evalue más que con la publicidad....

El Sr. PRESIDENTE: ¿Cree V. S. para hacer la pregunta necesario entrar en esas consideraciones?

El Sr. TORRECILLA: Yo me proponía dar ocasión al señor ministro de Hacienda ó al Gobierno para rechazar la exactitud....

El Sr. PRESIDENTE: Sirvase V. S. formular la pregunta.

El Sr. TORRECILLA: La pregunta concreta, es la siguiente:

«Si es exacto, y si acepta el Gobierno la responsabilidad de lo que dice La *Epoca*....»

El señor ministro de la GOBERNACION: Pondré la pregunta en conocimiento del señor ministro de Hacienda, advirtiéndole que el Gobierno no puede ser responsable de lo que diga un periódico, cualquiera que sea, y menos uno de oposición.

El Sr. CARDENAL: Para defender a un ausente, pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Nadie ha sido ofendido.

El Sr. TORRECILLA: Yo no he dicho que el Gobierno sea responsable de lo que dice La *Epoca*; lo que he dicho es, que será responsable de que se diga una cosa así si no la desmiente, y le he excitado a desmentirla.

El Sr. FIGUEROA: El 4 de Enero anuncié una interpellación acerca del estado de sitio, y el señor ministro de la GOBERNACION aplazó la contestación. El estado de sitio se ha levantado. Deseo que S. S. manifeste si contestará ó no, así como si vendrán aquí las causas que he pedido que vengan formadas durante el estado excepcional.

El señor ministro de la GOBERNACION: No tendría inconveniente ninguno en entrar hoy en la interpellación; pero el asunto es grave y debo consultar a mis compañeros.

Respecto de las causas, no pueden traerse aquí, no porque de ellas resulte nada contra el Gobierno; al contrario, el Gobierno siente privarse de este medio de defensa, sino porque unas no están terminadas y otras pueden contener cargos contra terceras personas, a quienes el Gobierno no quiere acusar sin darles medios de defensa. Ruego, por tanto, al Sr. Figuerola que aguarde a que consulte con mis colegas para señalar el día en que ha de exponer su interpellación.

El Sr. FIGUEROA: No tengo inconveniente en aguardar a que el Gobierno señale ese día.

Por lo demás, las causas que yo he pedido eran sólo las fenecidas por fusilamiento; no las otras.

El Sr. CARDENAL: Pido la palabra para hacer una pregunta al Gobierno.

El Sr. PRESIDENTE: Yo dejo a la consideración de V. S. la necesidad de que no se salga de su derecho.

El Sr. CARDENAL: No lo haré. El Sr. Torrecilla ha puesto en duda lo que dice La *Epoca*. Pregunto al señor ministro de la GOBERNACION: ¿acepta la duda del Sr. Torrecilla?

El Sr. PRESIDENTE: Yo se lo he oído al señor Moyano. ¿Acepta el Gobierno la duda del Sr. Torrecilla?

El señor ministro de la GOBERNACION: Yo no puedo decir al Sr. Cardenal si acepto ó no el párrafo de La *Epoca*, porque la primera noticia que tengo es la lectura del Sr. Torrecilla. Un hecho se puede referir de diversas maneras, y permítame al Sr. Cardenal que no considere como artículo de fé lo que dice la oposición. Yo pondré la pregunta del Sr. Torrecilla en conocimiento del señor ministro de Hacienda. El texto citado por el Sr. Torrecilla no era para mí grande autoridad, y al señor Cardenal le considero atacado de la misma enfermedad que La *Epoca*.

El Sr. CARDENAL: Yo respondo al Congreso de haber oído ayer al Sr. Moyano lo que refiere La *Epoca*. Esto coloca al Gobierno en situación desventajosa; y aunque yo padecía la enfermedad de La *Epoca*; antes que todo, soy español, y no quiero ver en mala posición al Gobierno de mi país.

El señor ministro de la GOBERNACION: El ministro de Hacienda y el de GOBERNACION, son dos personas distintas, aunque pertenecían a un ministerio verdadero. Si el señor ministro de Hacienda hubiera dado al Sr. Cardenal la respuesta que yo he dado, S. S. tendría razón; pero soy yo quien la doy, que no entiendo de esos asuntos. Cuando mi compañero venga, podrá entrar en más explicaciones.

(Véanse los discursos del Sr. Clavos y del señor Nocedal, que insertamos en otra parte, tomados del Diario de las Sesiones.)

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

El señor ministro de Hacienda tiene la palabra. El señor ministro de Hacienda: Señores, al entrar en el salón me han dicho que a primera hora ha ocurrido un incidente que atañe a mi persona, y sobre el cual creo que debe esclarecerse la verdad de los hechos. Como no me hallaba presente y solo por referencia sé de lo que se trata, ruego a las personas que han terciado en el se sirvan repetir lo que dijeron.

El Sr. TORRECILLA: En vista de lo que ha manifestado el señor ministro de Hacienda, voy a repetir la pregunta que he formulado al principio de la sesión. Encontré anoche en el periódico La *Epoca* un párrafo de un dignísimo diputado, que no se ocupaba de la cuestión de Hacienda, y que esto lo pedía S. S. en nombre del principio de gobierno, autorizándole para que así lo publicara. Yo creo que en los gobiernos representativos la base más ancha y segura del principio de gobierno es la publicidad, y por eso he creído que debía pedir alguna explicación al señor ministro de Hacienda acerca de esto, para que S. S. pueda manifestar lo que haya de cierto en el suelo a que acabo de referirme.

El Sr. CARDENAL: Habiendo intervenido en el incidente que nos ocupa, debo decir que, con motivo de haber contestado al Sr. Torrecilla el señor ministro de la GOBERNACION que no negaba ni afirmaba el hecho, pero que ese periódico era de oposición y que no eran sus columnas artículos de fé, dije yo que esa misma versión la había oído de labios del Sr. Moyano. S. S. dijo entonces que yo tenía la misma posición que el periódico, y el señor presidente dió por terminado este incidente. Esto es lo que por mi parte dije, y lo manifesté para deferir a lo que nos pide el señor ministro.

El Sr. PRESIDENTE: He deseado que se reprodujera el incidente de primera hora para marchar sobre seguro. Veo que tiene una íntima relación con el relato que hacen algunos periódicos, de una reseña natural y sencilla de lo que fuera de aquí se quiere sacar mucho partido. Yo no sé qué propósito puede haber en meterse ese ruido con ella; pero debo decir que no es más que ruido, y que si se trata de retraerme y asustarme no se consigue.

Al aceptar la cartera de Hacienda en estas difíciles circunstancias, conocía la responsabilidad que echaba sobre mí, y creo que tendré valor para llenar mis deberes y sostener esa responsabilidad. ¡Ojalá, como Dios me ha dado este valor, me dé acierto! Yo estoy bien seguro de que si consigo que se haga lo que propongo, no me salvaré de los tiros de la maledicencia; pero al volver a mi casa volveré a vivir tranquilo, como otras veces, de mi trabajo y de lo que heredé de mis padres, y no turbarán mi sueño las calumnias que se me quieran dirigir.

El Sr. TORRECILLA: Me he aproximado al señor ministro de Hacienda para preguntarle si había examinado el Real decreto de 6 de Julio del año último. No lo ha hecho, y suspendo mi pregunta, que iba a dirigirme, sobre si pueden venir ó no los expedientes que en ese decreto se marcan.

Deseo también explicaciones sobre un párrafo de un autorizado periódico en que se dice algo que debe ser erróneo. La *Epoca* de anoche publica lo siguiente:

«El señor ministro de Hacienda se ha acercado esta tarde privadamente al Sr. Moyano a rogarle, no en interés del Gobierno, sino en el del príncipio del Gobierno, que demore por unos días la pregunta que el señor diputado estaba dispuesto a hacer reclamando su pueria sobre la mesa ó se dieran explicaciones sobre el último contrato para anticipo de fondos hecho con casas extranjeras.»

El Sr. Moyano, a fuer de conservador, no podía menos de deferir a la sentida súplica del señor Alonso Martínez, si bien en interés de su propio decoro, exigió a su vez que le fuera permitido hacer pública la causa que tenía para aplazar su pregunta. El señor ministro de Hacienda no tuvo inconveniente en acceder a ello.

Como yo creo que en los sistemas representativos el principio de Gobierno de ninguna manera se evalue más que con la publicidad....

El Sr. PRESIDENTE: ¿Cree V. S. para hacer la pregunta necesario entrar en esas consideraciones?

El Sr. TORRECILLA: Yo me proponía dar ocasión al señor ministro de Hacienda ó al Gobierno para rechazar la exactitud....

El Sr. PRESIDENTE: Sirvase V. S. formular la pregunta.

El Sr. TORRECILLA: La pregunta concreta, es la siguiente:

«Si es exacto, y si acepta el Gobierno la responsabilidad de lo que dice La *Epoca*....»

El señor ministro de la GOBERNACION: Pondré la pregunta en conocimiento del señor ministro de Hacienda, advirtiéndole que el Gobierno no puede ser responsable de lo que diga un periódico, cualquiera que sea, y menos uno de oposición.

El Sr. CARDENAL: Para defender a un ausente, pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Nadie ha sido ofendido.

El Sr. TORRECILLA: Yo no he dicho que el Gobierno sea responsable de lo que dice La *Epoca*; lo que he dicho es, que será responsable de que se diga una cosa así si no la desmiente, y le he excitado a desmentirla.

El Sr. FIGUEROA: El 4 de Enero anuncié una interpellación acerca del estado de sitio, y el señor ministro de la GOBERNACION aplazó la contestación. El estado de sitio se ha levantado. Deseo que S. S. manifeste si contestará ó no, así como si vendrán aquí las causas que he pedido que vengan formadas durante el estado excepcional.

El señor ministro de la GOBERNACION: No tendría inconveniente ninguno en entrar hoy en la interpellación; pero el asunto es grave y debo consultar a mis compañeros.

Respecto de las causas, no pueden traerse aquí, no porque de ellas resulte nada contra el Gobierno; al contrario, el Gobierno siente privarse de este medio de defensa, sino porque unas no están terminadas y otras pueden contener cargos contra terceras personas, a quienes el Gobierno no quiere acusar sin darles medios de defensa. Ruego, por tanto, al Sr. Figuerola que aguarde a que consulte con mis colegas para señalar el día en que ha de exponer su interpellación.

El Sr. FIGUEROA: No tengo inconveniente en aguardar a que el Gobierno señale ese día.

Por lo demás, las causas que yo he pedido eran sólo las fenecidas por fusilamiento; no las otras.

El Sr. CARDENAL: Pido la palabra para hacer una pregunta al Gobierno.

El Sr. PRESIDENTE: Yo dejo a la consideración de V. S. la necesidad de que no se salga de su derecho.

El Sr. CARDENAL: No lo haré. El Sr. Torrecilla ha puesto en duda lo que dice La *Epoca*. Pregunto al señor ministro de la GOBERNACION: ¿acepta la duda del Sr. Torrecilla?

El Sr. PRESIDENTE: Yo se lo he oído al señor Moyano. ¿Acepta el Gobierno la duda del Sr. Torrecilla?

El señor ministro de la GOBERNACION: Yo no puedo decir al Sr. Cardenal si acepto ó no el párrafo de La *Epoca*, porque la primera noticia que tengo es la lectura del Sr. Torrecilla. Un hecho se puede referir de diversas maneras, y permítame al Sr. Cardenal que no considere como artículo de fé lo que dice la oposición. Yo pondré la pregunta del Sr. Torrecilla en conocimiento del señor ministro de Hacienda. El texto citado por el Sr. Torrecilla no era para mí grande autoridad, y al señor Cardenal le considero atacado de la misma enfermedad que La *Epoca*.

El Sr. CARDENAL: Yo respondo al Congreso de haber oído ayer al Sr. Moyano lo que refiere La *Epoca*. Esto coloca al Gobierno en situación desventajosa; y aunque yo padecía la enfermedad de La *Epoca*; antes que todo, soy español, y no quiero ver en mala posición al Gobierno de mi país.

El señor ministro de la GOBERNACION: El ministro de Hacienda y el de GOBERNACION, son dos personas distintas, aunque pertenecían a un ministerio verdadero. Si el señor ministro de Hacienda hubiera dado al Sr. Cardenal la respuesta que yo he dado, S. S. tendría razón; pero soy yo quien la doy, que no entiendo de esos asuntos. Cuando mi compañero venga, podrá entrar en más explicaciones.

(Véanse los discursos del Sr. Clavos y del señor Nocedal, que insertamos en otra parte, tomados del Diario de las Sesiones.)

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

El señor ministro de Hacienda tiene la palabra. El señor ministro de Hacienda: Señores, al entrar en el salón me han dicho que a primera hora ha ocurrido un incidente que atañe a mi persona, y sobre el cual creo que debe esclarecerse la verdad de los hechos. Como no me hallaba presente y solo por referencia sé de lo que se trata, ruego a las personas que han terciado en el se sirvan repetir lo que dijeron.

El Sr. TORRECILLA: En vista de lo que ha manifestado el señor ministro de Hacienda, voy a repetir la pregunta que he formulado al principio de la sesión. Encontré anoche en el periódico La *Epoca* un párrafo de un dignísimo diputado, que no se ocupaba de la cuestión de Hacienda, y que esto lo pedía S. S. en nombre del principio de gobierno, autorizándole para que así lo publicara. Yo creo que en los gobiernos representativos la base más ancha y segura del principio de gobierno es la publicidad, y por eso he creído que debía pedir alguna explicación al señor ministro de Hacienda acerca de esto, para que S. S. pueda manifestar lo que haya de cierto en el suelo a que acabo de referirme.

El Sr. CARDENAL: Habiendo intervenido en el incidente que nos ocupa, debo decir que, con motivo de haber contestado al Sr. Torrecilla el señor ministro de la GOBERNACION que no negaba ni afirmaba el hecho, pero que ese periódico era de oposición y que no eran sus columnas artículos de fé, dije yo que esa misma versión la había oído de labios del Sr. Moyano. S. S. dijo entonces que yo tenía la misma posición que el periódico, y el señor presidente dió por terminado este incidente. Esto es lo que por mi parte dije, y lo manifesté para deferir a lo que nos pide el señor ministro.

El Sr. PRESIDENTE: He deseado que se reprodujera el incidente de primera hora para marchar sobre seguro. Veo que tiene una íntima relación con el relato que hacen algunos periódicos, de una reseña natural y sencilla de lo que fuera de aquí se quiere sacar mucho partido. Yo no sé qué propósito puede haber en meterse ese ruido con ella; pero debo decir que no es más que ruido, y que si se trata de retraerme y asustarme no se consigue.

Al aceptar la cartera de Hacienda en estas difíciles circunstancias, conocía la responsabilidad que echaba sobre mí, y creo que tendré valor para llenar mis deberes y sostener esa responsabilidad. ¡Ojalá, como Dios me ha dado este valor, me dé acierto! Yo estoy bien seguro de que si consigo que se haga lo que propongo, no me salvaré de los tiros de la maledicencia; pero al volver a mi casa volveré a vivir tranquilo, como otras veces, de mi trabajo y de lo que heredé de mis padres, y no turbarán mi sueño las calumnias que se me quieran dirigir.

El Sr. TORRECILLA: Me he aproximado al señor ministro de Hacienda para preguntarle si había examinado el Real decreto de 6 de Julio del año último. No lo ha hecho, y suspendo mi pregunta, que iba a dirigirme, sobre si pueden venir ó no los expedientes que en ese decreto se marcan.

Deseo también explicaciones sobre un párrafo de un autorizado periódico en que se dice algo que debe ser erróneo. La *Epoca* de anoche publica lo siguiente:

«El señor ministro de Hacienda se ha acercado esta tarde privadamente al Sr. Moyano a rogarle, no en interés del Gobierno, sino en el del príncipio del Gobierno, que demore por unos días la pregunta que el señor diputado estaba dispuesto a hacer reclamando su pueria sobre la mesa ó se dieran explicaciones sobre el último contrato para anticipo de fondos hecho con casas extranjeras.»

El Sr. Moyano, a fuer de conservador, no podía menos de deferir a la sentida súplica del señor Alonso Martínez, si bien en interés de su propio decoro, exigió a su vez que le fuera permitido hacer pública la causa que tenía para aplazar su pregunta. El señor ministro de Hacienda no tuvo inconveniente en acceder a ello.

Como yo creo que en los sistemas representativos el principio de Gobierno de ninguna manera se evalue más que con la publicidad....

El Sr. PRESIDENTE: ¿Cree V. S. para hacer la pregunta necesario entrar en esas consideraciones?

El Sr. TORRECILLA: Yo me proponía dar ocasión al señor ministro de Hacienda ó al Gobierno para rechazar la exactitud....

El Sr. PRESIDENTE: Sirvase V. S. formular la pregunta.

El Sr. TORRECILLA: La pregunta concreta, es la siguiente:

«Si es exacto, y si acepta el Gobierno la responsabilidad de lo que dice La *Epoca*....»

El señor ministro de la GOBERNACION: Pondré la pregunta en conocimiento del señor ministro de Hacienda, advirtiéndole que el Gobierno no puede ser responsable de lo que diga un periódico, cualquiera que sea, y menos uno de oposición.

Tetuan había contestado en el salón de conferencias que no haría mi pregunta, porque me había arrepentido de ello.

En qué se diferencia lo que dice La *Epoca* de lo que supone el Sr. Torrecilla? En que el señor ministro de Hacienda no me pidió que no hablase del asunto, sino que suspendiera mi pregunta por tres ó cuatro días, porque a la sazón no podía contestarla.

Yo entonces le dije que tenía que hacer esa pregunta, porque estaba comprometido a ello; pero que no haciendo una oposición facciosa, no tenía inconveniente en aguardar esos tres ó cuatro días, y pedi a mi vez a S. S. que me autorizase para publicar lo que estábamos hablando. El señor ministro me autorizó, y yo lo he manifestado así a los que estaban esperando la pregunta, para indicarle la causa de no hacerla por el momento.

Creo que estas explicaciones bastarán para que el Congreso se imponga de lo que ha sucedido en esta cuestión, que repito que no ha venido a este lugar por culpa mía; que bien lejos de esperar me hallaba en mi casa estudiando los presupuestos, sobre los cuales acaso tenga que presentar uno ó más votos particulares, y no es tarea que se desempeña en pocas horas.

El señor ministro de Hacienda: El Sr. Torrecilla ha supuesto que yo le he imputado cosas que no le he imputado de modo alguno; antes bien a S. S. las gracias y lo mismo al Sr. Cardenal, a quien diré que no es exacto que yo haya confirmado todo lo que dice La *Epoca*, porque este periódico, y lo mismo otro, sin faltar a la verdad sustancial, la desfiguran de un modo gravísimo.

En cuanto al Sr. Moyano, yo digo a S. S. que no podía contestar a la pregunta lo mismo que se lo hubiera dicho aquí, y por lo tanto no tenía inconveniente en que se publicase esto; pero si su señoría pensaba publicarlo del modo que se ha publicado, era mejor que hubiera hecho la pregunta. Yo no pedi a S. S. con sentida súplica como dice La *Epoca*, que no hablara de esa cuestión, y mi honra está muy alta para que yo no desprecie frases tan indignas. Pero conste que yo, al autorizar a S. S. para que publicase nuestra conferencia, no pensaba que había de ponerla en un periódico, porque cuando el Gobierno dice que encuentra inconveniente tocar ciertas cuestiones, no creo yo cuerdo traerlas aquí a la fuerza.

S. S. me dijo que era hombre de Gobierno, y que no había inconveniente en aplazar esa cuestión; esto pasa siempre entre los ministros y los diputados, y no hay por qué extrañarlo. S. S. añadió que se había comprometido a hacer la pregunta, y que si yo le permitía que dijera por qué no la hacía; yo le dije que si, pero si S. S. quería publicarlo, era mejor, lo repito, que hubiera hecho la pregunta en uso de su derecho, porque a lo menos no hubiéramos evitado así el hablar de ello como lo estamos haciendo ahora.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, los que dijeron al Sr. Moyano que yo me había ocupado de si S. S. iba ó no a hacer la pregunta de que se trata, han mistificado a S. S. yo no sé por qué.

Ni siquiera sabía yo que existía esa pregunta, porque sigo el sistema de no leer nunca los periódicos de oposición. Tengo encargado a una persona que los lea, y dado poder a otra para que persiga ante los tribunales cuanto digan contra mi honor privado, y no me ocupo absolutamente de ello. Por consiguiente, pues, no pude decir lo que le contaron al Sr. Moyano.

El Sr. TORRECILLA: Yo, señores, ayer nada supe de ese incidente; hoy no he podido incurrir en la contradicción mencionada por el Sr. Moyano; pero al principio de la sesión me limité a leer lo que decía La *Epoca*, y creo que ahora indicé que la pregunta se había suspendido por algún día.

Por lo demás, cuanto acaba de decir el señor ministro me corrobora en la idea de que he cumplido con un deber de patriotismo al hacer esa pregunta, y no estoy arrepentido de haberla hecho.

El Sr. MOYANO: Después del estado de esta discusión, solo molesto al Congreso porque tengo necesidad de hacer dos rectificaciones.

¿A qué está reducida ya la cuestión? A saber lo que me dijo el señor ministro al hacerme el favor de entenderse conmigo y a saber cómo me autorizaba para publicarla.

Estaba yo escribiendo en un gabinete; mi amigo el Sr. Reina me dijo que me buscaba el señor ministro de Hacienda por todas partes, y mi primera contestación fue la de decirle: «¡Ojalá no me encuentre!» Llegó en esto el señor ministro, me habló, según he manifestado antes, de que no creía conveniente hiciese entonces la pregunta; y como S. S. no podía mandarme que no la hiciese, túvome que pedírmelo. Es claro, pues, que La *Epoca* en este punto está exacta.

En cuanto a la autorización, no habiéndoselo pedido la reserva, indudablemente yo estaba autorizado para publicar nuestra conferencia; pero llevé mi delicadeza al extremo de pedir la autorización para verificación, la cual me concedió. ¿Qué hay, pues, de particular en que yo lo dijese a los que me preguntaban?

El señor ministro de Hacienda: Realmente este debate va perdiendo su interés, porque tratamos la cuestión muy a la menuda. El Sr. Moyano dice que La *Epoca* está exacta, porque siendo yo el que busqué a S. S. y no pudiendo mandarle, le había de suplicar. Yo he dicho que teniendo yo que marcharme ayer, y sabiendo que S. S. deseaba hacer la pregunta, le fui a decir que puesto que yo no había de contestar, dejara de hacerla. ¿Es esto hacer una sentida súplica? Confunde su señoría la cortesía con la mendicidad? Yo no me he puesto nunca de rodillas delante de S. S., y como ministro mucho menos.

En cuanto al segundo punto, es claro que su señoría estuvo en su derecho al publicar esa conversación. A mi personalmente nada me podía importar; pero atendiendo a otro orden de consideraciones, ¿lo podía S. S. publicar? ¿A qué entonces el aplazamiento? No ha mucho, señores, se me decía que el capital extranjero no venía. ¿Qué he de pensar yo cuando ahora se provocan esas escenas? Y no digo más.

El Sr. MOYANO: Señores, hay que decir muy francamente que aquí lo que aparece es que el señor ministro cuando me buscó ayer quería que yo no hiciera la pregunta; pero que cargara ante la opinión con la responsabilidad del silencio.

Por lo demás, que los periódicos de oposición hagan tales ó cuales comentarios, ¿no es lo más natural? ¿No los harían mañana los ministros reales contra mí? Pues, sin embargo, no me quejaré si están dentro de la ley.

El Sr. Reina: Pido la palabra para una alusión personal.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. está en su derecho, y tendré mucho gusto en concedérsela si V. S. no considera que en el estado del incidente debe darse por terminado.

El Sr. REINA: Renuncio la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

Orden del día para mañana: la discusión pendiente y dictamen y voto particular de la comisión sobre la fuerza del ejército.

Se levanta la sesión.

Eran las siete menos cuarto.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DEL DIA. San Deogracias, Obispo.  
SANTO DE MAÑANA. La fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, y San Victoriano y compañeros mártires.—Anima.

## CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de religiosas de Santo Domingo, donde continúa la novena de Nuestra Señora de los Dolores: a las diez habrá Misa mayor con sermón, que predicará D. Patricio Páramo, y por la tarde, en los ejercicios, dirá el sermón D. Modesto Rodríguez.

Se celebrará a Nuestra Señora de los Dolores con Misa mayor, manifiesto y sermón que predicarán: en Santa Catalina de los Donados, D. Carlos Díaz Guirjarro; en San Plácido, D. Trinidad Lopez Coca; en las beatas de San José, D. Eugenio Aguado; en San Antonio del Prado, D. Pedro Alvarez; en Santa Isabel, D. Hermenegildo Sancho, y en Nuestra Señora de Gracia D. Tomás Benito Cabrera.

Terminan las novenas de Nuestra Señora de los Dolores celebrándose hoy su fiesta principal y serán oradores respectivamente en la Misa mayor y en los ejercicios de la tarde, en la Capilla Real, D. Vicente Pastor y D. Benito Sanz y Foré, predicadores de S. M.; en las Recogidas, D. José Romero y D. Pedro Seras y Oliva; en las Calatravas, D. Mateo Yagüe y D. Ignacio Ibarra; en las Arrepentidas, D. Castor Compañía y D. Raimundo Carrillo; en San Antonio de los Portugueses, don Manuel Solís y D. Juan Guerra; en Santo Tomás, D. Basilio Sanchez Grande y D. Modesto Rodríguez; en San Marcos, el Padre Joaquín Montalban y el Sr. Sanchez Grande; en San Sebastian, D. Pablo Morsó y Vivas y el Sr. Montalban; en el Colegio de Ninas de Loreto, predicarán en la Misa mayor, D. Joaquín Corral; y por la noche en los ejercicios D. Jaime Cardone; en San Lorenzo, don Carlos Gamarra y D. Miguel Martínez; en San Pedro, D. Juan Abdon y don Mateo Yagüe; en San Ignacio, D. Cipriano Sevillano y D. Nemesio Lasagabaster; en Monserrat, D. Manuel Caros y el señor Rector; en San Andrés, D. Ciriacó Cruz y en Santa Maria, D. Ambrosio de los Infantes.

También terminan los setenarios de Nuestra Señora, y predicarán: en los Servitas, D. Santiago Fernandez Cano en la Misa mayor, y D. Carlos Guirjarro, en los ejercicios de la tarde; en D. Juan de Alarcón, D. Pío Hernandez Fraile y D. Gregorio Montes; en las Escuelas Pías de San Fernando, el Padre Francisco Perez y D. Luis Peralta; en San Isidro, D. Pedro Palomeque y D. Patricio Páramo; en Santiago, D. Vicente Lopez de Lerena y D. Gregorio Megia; en el colegio de los Doctrinos, don Castor Compañía y D. Benito Romeral; en San Martín, el Sr. Infantes y el Sr. Peralta, y en San Ginés, el señor Sanchez Grande: en todas estas iglesias se cantará el himno *Stabat Mater* a la conclusión de los ejercicios.

Por la tarde habrá sermón que predicará en la V. O. T. de San Francisco D. Lorenzo Camiña; en las Trinitarias, D. Bonifacio Herrero, y por la noche en el oratorio del Olivar, D. Vicente Medrano, y en la bóveda de San Ginés, D. Joaquín García Corral.

VISTA DE LA CÔRTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la Soledad, en San Isidro, en San Marcos, en las Calatravas, ó la de la calle de la Paloma.

Se reza de la presente festividad de Nuestra Señora, con rito doble mayor y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

## REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 21 de Marzo de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido a 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	ESTADO del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m.	694.12	3° 5	4° 4	S. S. O.	Cubierto.
9 m.	696.00	5° 1	6° 4	O. ....	Nubes.
12 m.	697.02	7° 5	9° 1	O. N. O.	Idem.
5 t.	697.57	10° 5	10° 5	O. N. O.	Idem.
6 t.	698.21	5° 9	7° 4	O. N. O.	Idem.
9 n.	697.77	4° 7	5° 9	O. N. O.	Despeja.